

AMBICION COSMICA

PETER KAPRA

R. CORTIELLA

PETER KAPRA

AMBICIÓN CÓSMICA

Ediciones TORAY

Arnaldo de Oms, 51-53
BARCELONA

Dr. Julián Álvarez, 151
BUENOS AIRES

PORTADA: R. CORTIELLA

Depósito Legal B. 38295-1971

Printed in Spain - Impreso en España
Impreso en Gráficas Tricolor - Eduardo Tubau, 20 - Barcelona

Capítulo primero

EL CONQUISTADOR DE MUNDOS

En la cumbre del monte Elek, en Egor, un hombre alto, robusto, vestido con un traje de plata, oro y pedrerías, contemplaba el inmenso campo nocturno que se extendía más allá de donde alcanzaba la vista.

No estaba solo. Le acompañaban sus dos mejores amigos, sus inseparables camaradas de victorias, de triunfos y grandezas. Uno era el general Ilo Kiski, y el otro, el mago Anac Komaec.

—Mirad mi ejército, amigos míos. ¿No es grandioso? ¡Doscientas mil naves siderales, capaces de alcanzar los confines del universo! —exclamó el hombre que mandaba en más de diez mil planetas, el vencedor de la más increíble guerra galáctica que asoló el cosmos.

—Sí, es grandioso —admitió Ilo Kiski—. Nadie ha tenido jamás una flota como la tuya. Nadie la tendrá jamás. Después de ti, poderoso Titan Brama, nadie podrá fundar un imperio tan enorme, gigantesco e inmenso.

—Tienes dos mil razas de seres como esclavos. Cien civilizaciones técnicas superiores te sirven. Y hasta los soles más brillantes palidecen al paso de tus naves —añadió el mago Anac Komaec.

Titan Brama se volvió y apoyó su mano derecha sobre el hombro del mago.

—Allá arriba, donde mi vista no alcanza, en aquellos puntos luminosos que ya no existen, vivieron otras razas, otros hombres, otros generales... ¿Crees que hubo alguno como yo, Anac?

—Imposible, Titan Brama.

— ¿Por qué no podemos ir a verlo?

—Ni tu vida, ni la de todos tus descendientes hasta la generación última, bastaría para alcanzar aquellos mundos, muchos de los que todavía ni siquiera se han solidificado. ¿Para qué quieres más victorias, Titan Brama? ¿Es que temes que pueda nacer alguien, dentro de mil siglos, que desconozca tu nombre y tus hazañas?

— ¿Qué seremos nosotros dentro de mil siglos, Anac?

—Gloria inmortal.

— ¡Bah, leyenda pura, Anac! —replicó el caudillo de Egor, con un gesto de supremo desdén—. Otros cien años y mis naves me escoltarán hasta los confines del cosmos, donde iniciaré el viaje eterno, dentro de un sarcófago de metal precioso. Todo habrá concluido... ¡Todo habrá muerto!

— ¡Tus conquistas, no, Titan Brama! —exclamó el general Ilo Kiski —. El día que mueras, todo tu ejército te seguirá hasta el infinito, en el viaje sin retorno, para que no haya nadie que les mande como has

hecho tú.

Titan Brama se apartó de sus amigos. Cerca había una roca lisa y redonda. Se sentó en ella y cruzó los brazos, con gesto de infinito desaliento.

—Doscientos millones de hombres a mis órdenes, amigos míos. Sólo tengo que pronunciar una palabra, y todos se lanzarán a morir por mí. Lo sé. Dispongo de la flota sideral de guerra más grande de toda la historia de las civilizaciones galácticas... ¿Y qué? ¡Heme aquí, sólo, tratando de comprender la causa y razón de mis victorias!

« ¿Quién soy yo, Anac? ¿Lo sabes tú, Ilo?

—Eres el Señor Supremo de todo lo viviente —dijo Anac Komaec.

— ¡Dueños de vidas, de mundos, de sistemas planetarios! —añadió Ilo Kiski.

— ¡Dame todo eso y que pueda aprisionarlo entre mis manos! —gritó Titan Brama, haciendo el gesto de reunir el aire entre sus dedos engarfiados—. ¡Bah, todo se escapa! Así sucedía con la harina, en el molino, cuando yo era niño... Trataba de agarrarla toda y se escapaba entre mis dedos como si fuere agua.

»Yo fui el niño más triste y solitario de Egor.

»Mi padre era molinero... ¡Soy el hijo del molinero Mandir, de la aldea de Cekra, a cincuenta millas de Kolya! ¿Por qué nací en aquel miserable molino, yo, que estaba destinado a conquistar mundos para Egor?

—Por designio divino —replicó Anac Komaec, que conocía los delirios de grandeza de su amigo.

— ¿Es que algo puede señalar mi existencia? ¡No creo en tus diosecillos, Anac! ¡Díselo a mis soldados, hazles creer que la conquista del cosmos lo ha dispuesto esa horda invisible de espíritus mediocres; pero no me lo digas a mí!

»Yo lo intuí un día, al ver pasar a los corceles de la escolta de Dathis XII, el Inviolable... ¡Ah, qué gran día fue aquél en que le cortamos el cuello y pusimos su horrible cabeza en lo alto del palacio!

Titan Brama se levantó de un salto y extendió los brazos al cielo.

— ¡Yo libré a Egor de la tiranía de Dathis XII! ¡Demostré a mis semejantes que no era Inviolable! ¡Su sangre aún mancha las baldosas verdes de la escalinata del templo de Mon! ¡Hice arrastrarse a los pies de mis valientes a sus cincuenta y dos mujeres, las repartí entre ellos, para que saciaran sus instintos en sus esbeltos cuerpos y luego las degollaran!

El general Ilo Kiski cerró los ojos. Pero el recuerdo de la escena a que aludía Titan Brama se conservaba clara en su mente, pese a los años transcurridos. Era algo que no olvidaría; algo brutal, sanguinario,

despiadado y cruel... ¡Como crueles habían sido los cien latigazos que el verdugo de Dathis XII diera a Titan Brama, cumpliendo órdenes de su amo, por desacato al rey!

Ningún vasallo podía levantar la cabeza cuando pasaba la corte hacia el templo. Y el hijo de Mandir el molinero, que era la primera vez que acudía a Kolya, para venerar a Mon, tuvo el descaro de mirar a una hermosa muchacha.

La guardia real apresó al joven y lo encerró. Un regidor del rey le leyó la sentencia a los pocos días: ¡cien azotes!

Era el castigo máximo. Después venía el «potro a muerte». Pero de los cien azotes salían muy pocos hombres con vida. Titan se salvó gracias a su piel dura, a su constitución férrea, a su voluntad inflexible y a su ambición suprema. Se juró a sí mismo acabar con Dathis XII, destronarle, cortarle el cuello y colocar su cabeza en la torre más alta del palacio de Kolya.

Después de recibir los cien latigazos, Titan fue llevado al cementerio pobre de la ciudad. Sus verdugos estaban seguros de que había muerto, y si no lo estaba, no tardaría en fallecer.

Pero un viejo enterrador —el mismo Faker que años antes curó al ahora general Ilo Kiski— le atendió, curó sus heridas y le facilitó alimento durante largo tiempo.

Faker odiaba a todas las castas de Egor, a los hombres, a sus semejantes, y hasta se odiaba a sí mismo, por lo inútil y miserable de su existencia. Pero, en cambio, amaba a los más desgraciados que él. Y cuando Titan Brama fue llevado hasta allí para ser enterrado, sintió lástima de aquella enésima víctima de las despóticas leyes de Dathis XII.

Cuando quedó curado, Titan se despidió de Faker, al que no volvería a ver nunca, y huyó a los montes, a reunirse con los proscritos. No quiso volver a la aldea de Cekra, con su padre. Tenía una deuda que saldar y una ambición de saciar.

* * *

En aquella época, Titan Brama tenía dieciocho años.

Con un zurrón a la espalda, una zamarra deshilachada, que sirviera de mortaja a alguien, y unos zapatos de piel de cabra, apoyándose en un palo, salió de Kolya un amanecer gris y triste. La ciudad de la injusticia pronto quedó atrás. Desde una colina próxima, Titan vio las agujas —pararrayos del palacio real—, casi junto a la airosa estrella del Templo de Mon, sobresaliendo por encima de los tejados.

La rabia inundó su pecho y juró:

— ¡Volveré, Dathis XII; y acabaré con tu despotismo y tiranía!

Titan caminó día y noche. Bebió agua de los arroyos y comió mendrugos de pan del zurrón. Así, incansable, sintiendo renacer las fuerzas en su cuerpo, llegó al temible bosque de Daijan, famoso por los viajeros que desaparecían en él.

Varias veces, las tropas del rey habían penetrado en aquel bosque, armadas hasta los dientes, dispuestas a terminar de una vez para siempre con los indeseables que allí se refugiaban. Pero no encontraron a nadie. Si alguien vivía allí, oculto, sabía desaparecer ante la presencia de los temibles fusileros reales.

Sin embargo, Titan sabía, por Faker, que allí se refugiaban numerosos proscritos. Y no le habían engañado.

Caminaba por un sendero, mirando a derecha e izquierda, agitando los matorrales con su bastón, cuando de súbito, algo semejante a una serpiente se le enroscó en el cuello. Sintió un tirón y se creyó morir.

Al levantar la cabeza, poniéndose de puntillas, vio aparecer un rostro entre las ramas de un árbol. Unos ojos crueles le observaron.

—¿Dónde vas, muchacho?

—¡Aaaagh! ¡Suél... tame...! ¡Me ahogas!

El emboscado aflojó la presión de la cuerda —y no de la serpiente como había creído Titan—, para dejar hablar a su cautivo.

—¿Dónde vas? ¿De dónde vienes? ¿Quién eres? ¿Qué te trae por aquí?

—Vengo de Kolya, donde sufrí el castigo de los cien azotes...

—¡Ah! —exclamó el proscrito, aflojando más la cuerda.

—Me han dicho que aquí, en Daijan, encontraré a un hombre llamado Ilo Kiski.

—¿Ilo? ¡Yo le conozco! ¿Quién te envía?

—Faker —contestó Titan.

La cuerda se aflojó del todo. Un segundo después, el hombre se dejaba caer junto a Titan. Parecía un pordiosero, pero llevaba a la espalda un fusil eléctrico, un cuchillo al cinto y una vieja pistola con balas de pólvora.

—Lo siento, muchacho. Soy Kamor, amigo de Ilo Kiski. También conozco a Faker, el enterrador de Kolya. ¿Por qué te castigaron? ¡Enséñame tu espalda!

Las huellas eran demasiado recientes para que el proscrito no quedase convencido de hallarse ante una nueva víctima de la injusticia del despótico monarca de Kolya.

—¡Algún día me vengaré! —exclamó Titan, mientras se volvía a poner la zamarra.

—Es mejor que lo olvides. Nosotros no somos más que gusanos. Cualquier cacique, comerciante o noble, puede hacer lo que quiere.

Todo Egor es una oligarquía infamante...

Titan no había escuchado jamás palabras como aquéllas. Luego, supo que Kamor era un revolucionario, cuya cabeza estaba puesta a precio. Pero el individuo logró escapar, ayudado por unos amigos, y ahora estaba refugiado en el bosque de Daijan, perdida la esperanza.

—¡Yo acabaré con Dathis! ¡Lo juro!

Kamor llevó al nuevo proscrito a la cueva. Allí estaba Ilo Kiski, casi de la misma edad que Titan. Su delito, empero, era distinto. Golpeó a un regidor real, en una cantina. Por ello, Ilo Kiski recibió cien latigazos, que no fueron lo bastante fuertes que debían ser, porque un amigo de Ilo pagó quinientos «xacnos» al verdugo. A pesar de ello, Ilo fue llevado al cementerio, donde también fue atendido por Faker.

—¿Cómo está Faker, muchacho? —preguntó Ilo. Después de saludar a Titan.

—A punto de que alguien le eche tierra encima. Viejo, condenado y gruñón. Lo odia todo.

—¡No le envidio! —replicó Ilo—. Ha sido escoria humana siempre. ¿Quién iba a echarle una mano?

—El ayudó a muchos condenados.

—Sí. Cree que nosotros somos menos que él. ¿Y por qué has venido? ¿Qué esperabas encontrar aquí, salvo un grupo de huidos?

—Precisamente, he venido por vosotros —replicó Titan.

—¿Por nosotros? ¿Qué quieres decir? —inquirió Ilo, sorprendido.

—Quiero luchar a vuestro lado... ¡contra Dathis!

Ilo Kiski se echó a reír. Luego, estalló.

—¡Eh, amigos; oíd lo que dice éste! ¡Ha venido a pelear contra el rey!

Los hombres y mujeres que poblaban la gruta, en indecente promiscuidad, y los había de todas las edades, desde casi niños hasta ancianas expulsadas de los más infectos prostíbulos, se volvieron. Titan sintió encogérsele el corazón al ver aquellos rostros, donde el vicio y la maldad había dejado huellas imborrables.

Kamor fue el único que permaneció serio.

—¡Que se largue de aquí ese loco! —gritó alguien, en el interior de la cueva.

—¡Locos sois vosotros! —replicó Titan—. ¿Por qué permanecéis ocultos aquí, si podéis salir a luchar a las aldeas? ¿No tenéis armas? Con ellas, os seguirán los campesinos. Podéis tender emboscadas a las tropas del rey...

—¡Que se calle ese necio! —vociferó alguien.

—¡No me callaré! —respondió Titan en tono desafiante—. He venido para que me escuchéis todos. Pero no quiero que vengáis todos

conmigo, sino sólo unos cuantos. Los que quieran luchar por la libertad.

Kamor empezó a sentirse belicoso también y gritó:

—¡Así se habla! ¡Sacúdeles, Titan Brama! ¡Los hombres que han recibido cien latigazos, como tú, no pueden morir!

Ilo Kiski, que luego sería general de Titan, explicaría de aquella primera entrevista: «Te creí un visionario, un loco. Pero sentí como si algo se agitase dentro de mí. Creo que fue tu ardor, tu juventud y tu fuego. Tuve el presentimiento de que la humanidad había encontrado un caudillo... ¡un invencible!».

—¿No me oís? ¡Sólo he venido a buscar a irnos cuantos! ¡Creo que hay aquí mucha basura infecta que convendría quemar en la hoguera! Pero algunos pueden seguirme...

—¿Qué es lo que quieres? —preguntó una mujer joven, casi desnuda y muy sucia, que se apartó de los brazos de un hombre, para colocarse en jarras delante del futuro caudillo.

—¡Quiero hombres y mujeres que vengan conmigo a degollar a Dathis XII, el Inviolable!

—¿Y tú crees que treinta personas, la mayoría de ellas inútiles, van a seguirte a luchar contra las tropas del rey? ¿Qué haríamos dos docenas de locos contra los cien mil hombres, perfectamente armados, que tiene el tirano?

—¡Yo os lo diré! —rugió Titan Brama en un tono que hizo estremecer a muchos—. Iremos a Vreg y reclutaremos cincuenta hombres, de buen grado o por fuerza. Si no quieren seguimos, mataremos al que se oponga. Luego, nos dirigiremos a la aldea de Kzarven. Allí podremos reclutar otros cien hombres.

»Empezaremos a reunir gente. Yo os aseguro diez «xacnos» diarios en mi ejército.

—¿Dónde está ese dinero? —preguntó alguien codiciosamente.

—¡Os lo pagaré por meses vencidos! —replicó Titan.

—Yo no quiero dinero —dijo Kamor—. Pero mi fusil y mi pistola están a tu servicio... ¡Y tú también vendrás, Grek!

—Sí, nosotros iremos contigo, Kamor.

Ilo Kiski se acercó y tendió su mano a Titan.

—Te acompañaré, amigo. Iremos juntos al «potro de la muerte». Pero habremos intentado pelear por algo digno. Creo que no será difícil reunir un ejército de dos o tres mil hombres. Lo peor es armarlo, mantenerlo y aumentarlo. ¡Pero mucho más difícil es pagarle un sueldo! Las tropas del rey sólo cobran cinco «xacnos» al día.

Titan guiñó el ojo a su nuevo amigo.

—Espera a que lo sepan esos soldados. ¿Crees que están conformes

con la paga que reciben? Se pasarán legiones enteras a nuestro bando.

Makia, la joven lasciva, sonrió desdeñosamente. Su aspecto repugnaba al joven Titan, porque mostraba con descaro ciertas partes de su cuerpo, que las mujeres de Egor solían ocultar pudorosamente.

—Enséñanos las monedas, jovencito. Hacen falta muchas para pagar a tanta gente. Y yo he conocido bribones que prometían mucho, sin llegar nunca a dar nada.

—¡No quiero mujerzuelas como tú entre mis tropas!

—¿Tus tropas? —gritó la mujer— ¿Quién eres tú? ¿El general Gamon? ¡Pero si no eres más que un chiquillo!

—¡Basta, Makia! —intervino Kamor—. Vuelve a tus apestosas hojas y revuélcate siempre entre miseria. No sirves para nada más… Déjanos ir a morir dignamente.

—¡El idealista! ¡Vete con él! ¡El «potro» os espera a todos!

Pero Titan Brama tenía que demostrar allí mismo y en aquel preciso instante que era capaz de cumplir su palabra. Por esto avanzó hacia Makia y la agarró brutalmente del brazo, paralizándole casi la circulación de la sangre.

—Escucha, mujerzuela. Ahora vas a venir conmigo. Y si no soy capaz de convertirte en una reina, rodearte de caballeros elegantes y poner una ciudad a tus pies, ¡te daré un cuchillo para que cortes mis manos, mis pies, mi lengua y me saques los ojos!

No fueron las terribles palabras de Titan las que obraron el milagro, sino la hercúlea presión de su mano. Makia gritó, cayó de rodillas y gimió:

—¡Sí, suéltame!

Él la soltó, empujándola al mismo tiempo.

¿Cuánto no había sufrido el oscuro molinero en el tormento y en los días que permaneció junto a Faker, en el cementerio de los pobres de Kolya, viendo pasar la muerte diariamente ante sus ojos, para actuar ahora como lo hacía, ante hombres y mujeres que habían perdido ya el cuerpo y el alma?

Y sólo tenía dieciocho años. Pero había amargura y rencor en su pecho, como si hubiese vivido doscientos cincuenta. Y estaba dispuesto a luchar hasta la victoria… ¡Jamás pensó ser vencido!

Titan Brama había nacido para conquistador de mundos. Primero, conquistó a un puñado de miserables, a los que hizo saborear su primera victoria aquella misma tarde, en la aldea de Vreg.

Capítulo II

¡GUERRA BESTIAL!

No quería tener piedad de nadie. Tampoco la tuvieron con él cuando le azotaron, arrancándole la piel y salpicando con su sangre las ropas del verdugo.

Su primer ataque fue por sorpresa. Casi siempre actuaría así aquel guerrero salvaje y ávido de venganza. Atacaba en los momentos más inesperados, lanzando a sus hombres a la lucha en la oscuridad, o con los primeros albores del día, o durante las horas de la comida.

En Vreg, una aldea pequeña, a orillas del río Kilger, se presentaron a media tarde, cuando los hombres estaban reunidos en la plaza, registrando sus haciendas y cosechas ante los recaudadores.

Titan Brama lo sabía. Era de la región y por eso conocía las costumbres.

Los recaudadores de Dathis XII estaban allí. Habían llegado en uno de los vehículos eléctricos del Tesoro. Llevaban seis guardias armados, quienes, invariablemente, se iban a la cantina a beber, mientras los recaudadores y contribuyentes realizaban su trabajo.

Y, de pronto, los veintidós hombres y mujeres que acompañaban a Titan Brama aparecieron en las seis calles de la plaza. Diez de ellos, a una seña de Titan, se deslizaron rápidamente hacia la cantina. Kamor iba con ellos.

Antes de que nadie pudiera reaccionar, tres fusiles eléctricos segaron las vidas de los seis guardias que bebían «xank». Sus atacantes les arrebataron las armas y salieron luego de nuevo a la plaza, donde ya Titan Brama, Ilo Kiski, Grek y Makia, se situaban detrás de los sorprendidos recaudadores.

— Que nadie haga un gesto hostil… Soy Titan Brama y he venido en busca de hombres y dinero para nuestra lucha contra el tirano Dathis. Todos los hombres y mujeres de esta aldea quedáis movilizados. Nadie puede negarse, bajo pena de muerte. Se os pagarán diez «xacnos» cada día, que es mucho más de lo que podéis ganar trabajando la tierra del tirano.

«Vosotros también, oficiales. Quedáis movilizados a mi servicio.

—¿Estás loco, mozalbete? —rugió uno de los recaudadores— ¡Jamás traicionaré el juramento que hice a la Tabla!

—¿No? —preguntó Titan, acercándose al recaudador y apuntándole con la pistola que le había prestado Kamor— ¿Quieres morir?

—¡Antes la muerte que la traición! ¡Pero si me matas, morirás en el «potro»!

Titan disparó a bocajarro. Los campesinos retrocedieron asustados. El joven bandido no tenía piedad.

El recaudador, llevándose las manos al pecho, se desplomó a tierra, donde quedó muerto. Entonces, Titan volvió su arma, todavía humeante hacia el otro, cuya cara se había puesto blanca como el papel.

—¿Y tú, quieres cumplir el juramento a la Tabla maldita, o morir como tu compañero?

—¡No, no me mates! ¡Haré lo que me digas!

—Eso está mejor. No te desarmo siquiera. Guarda tu arma. La necesitarás para la lucha. —Titan se volvió hacia los campesinos y les gritó—: Y todos vosotros también vais a seguirme.

—¿Y nuestros hogares? ¿Y nuestros hijos? —preguntó un hombre alto, de cabellos oscuros y revueltos.

—Que cuiden de ellos vuestras mujeres. No quiero inútiles en mis filas.

—¡Pero los fusileros reales vendrán y los matarán! —gritó otro.

—¡Y nosotros mataremos a los fusileros reales! —replicó Titan Brama con frenética energía—. Ha estallado la guerra. No vamos a ser vencidos, sino a vencer. Dentro de unos días, los regimientos del rey estarán a mis órdenes. ¿No comprendéis?

—¿Y si nos negamos a secundarte en tu locura? —preguntó un sujeto barbudo, de ojos brillantes, que parecía estar enfermo.

—¡Quien se niegue, seguirá la suerte del recaudador! ¡Si tenéis armas y dinero, traedlo; lo necesitamos todo!

—¿Hemos de entregarte nuestros pocos «xacnos»? —vociferó una mujer— ¿No has dicho que nos ibas a pagar por luchar contigo?

—¿Queréis dármelo o tendré que quitároslo? Se anotará todo lo que entreguéis. Cada día se añadirán diez «xacnos» a vuestros bienes. Y cuando hayamos conquistado Egor, se os devolverá todo. Yo soy justo. Ahora, necesito y pido. Si no me dais, os lo quito y, además, os mandaré ahorcar.

»Y no apuréis mi paciencia… Ilo, no perdamos más tiempo. Cumplid mis órdenes.

En menos de dos horas, el nuevo caudillo había conseguido más de dos mil «xacnos» y sesenta personas para la lucha. También consiguió armas para casi una docena.

Pero su ejército, que aquella noche acampó entre las rocas, junto al río Kilger, se componía ya de casi cien individuos.

Y no olvidó nada. Hicieron bolsas de lienzo fuerte, que todos habían de llevar colgadas al cuello, con alimentos para varios días. Se organizó así una especie de intendencia, cuyo jefe fue Grek, el amigo

de Kamor.

Diez hombres se encargarían, al principio, de alimentar la tropa. Se estableció un reglamento militar, seco, escueto, inflexible. Allí todo estaba castigado con la pena de muerte. La traición, la deserción, la cobardía, se castigaban en el acto. Los jefes de grupo tenían órdenes estrictas. Si no lo hacían, Titan Brama juró matarles a ellos.

Al día siguiente, a hora muy temprana, la horda atacaba el pueblo de Kzarven, donde había un pequeño destacamento de guardias rurales. Sorprendidos éstos, muertos tres, heridos des y desarmados los cinco restantes, en menos de cuatro horas, Titan Brama reclutó ciento veinte hombres y mujeres más, recaudó casi ocho mil «xacnos», y se hizo con el estimable botín de catorce vehículos eléctricos, alimentos en abundancia, de los que se encargó el grupo de Grek, ya aumentado, ¡y todas las armas y explosivos del puesto de guardias rurales!

Sin embargo, tuvieron que cometer algunas salvajadas para convencer a los reacios «kzarvenios», como cortarle los dedos a la esposa de un regidor muerto, que se negaba a entregar su dinero.

Otros cinco hombres jóvenes fueron ahorcados por negarse a seguir a Titan Brama, cuyas órdenes no querían obedecer, pese al discurso que aquél les echó, cuando los tuvo reunidos a todos en una gran plaza.

— Quiero la libertad de todos los habitantes de Egor y sólo podemos conseguirlo por medio de la lucha. Ahora somos pocos todavía. Pero dentro de algún tiempo, nos sobrarán tropas.

»Será entonces cuando podréis volver a vuestros hogares, trayendo dinero abundante en los zurrones. Y como venceré en la lucha, porque está escrito en los designios ocultos de este mundo, seréis libres y se os tratará con justicia.

Titan Brama sabía que muchos le obedecían de buen grado y que otros lo hacían por temor. Pero no le importaba ni lo uno ni lo otro, él quería hombres y mujeres para la lucha.

Y su ejército iba aumentando paulatinamente. Las primeras victorias se habían logrado. Luego, cuando en Kolya se supiera todo, vendría lo peor.

El ejército de Dathis XII, mandado por el general Gamon, contraatacaría. Los coches blindados saldrían de sus cuarteles. Las naves cargadas de bombas despegarían de sus aeródromos.

La guerra empezaría a adquirir importancia. Y si no actuaba con sagacidad en los primeros encuentros, su pequeño ejército quedaría diezmado, destruido, y todos ellos serían ejecutados.

Sin embargo, Titan Brama conocía todas las dificultades y contaba con su buena estrella, su audacia y su inquebrantable valor.

* * *

Makia, ahora vestida con ropas de hombre, alzó la mano para pedir la palabra. Titan, en el extremo de la mesa, se la concedió.

—Habla, Makia. ¿Qué quieres exponer?

—Necesitamos armas con toda urgencia. Creo que el «Behir» de Tlacan nos las puede proporcionar, si le pagamos una parte y prometemos darle el resto después. En Tlacan poseen un pequeño ejército. Kasma no es amigo de Dathis XII, pero le teme. Hasta ahora, se han respetado, pero la ruptura vendrá cuando Dathis XII decrete la destitución de Kasma, como «Behir» de Tlacan.

—¿Quién te ha contado eso, Makia?

—Fui… amiga de Kasma —dijo Makia, tras una breve vacilación.

Uno de los jefes reunidos en el consejo soltó una carcajada. Makia se volvió hacia él, llevándose la mano a la funda de la pistola, con gesto furioso.

—¿De qué te ríes, Drem?

—De tu amistad con el «Behir» de Tlacan.

—¡Yo viví en Tlacan, estúpido! Mi padre fue comerciante allí, hasta que fue arruinado por los impuestos y los gravámenes… ¡Y conocí a Kasma como te conozco a ti!

—¿Fue Kasma quien te hizo madre?

—¡Basta! —rugió Titan, dando un fuerte golpe sobre la mesa y poniéndose en pie—. No consiento ese lenguaje, Drem. Makia es una capitana como tú. Olvida el pasado cuanto antes o te destituiré.

»Lo que fuera cada uno de nosotros antes de unirnos bajo la misma bandera, pertenece al pasado. Sólo nos interesa el presente y el futuro.

—¡Desde luego que sí! —exclamó Kamor—. Has sido inicuo, Drem.

—Lo siento. Perdonadme —musitó Drem—. ¿Deseas que me retire, Titan Brama?

—No. Pide disculpas a Makia.

—Perdóname, Makia —dijo Drem, cabizbajo.

Ella no respondió.

El consejo, celebrado en el templo de Gamir, donde se había instalado el ejército de Titan, después de encerrar a los monjes en un sótano, continuó. Y precisamente la sugerencia de Makia pareció buena a la mayoría. Al amanecer, Ilo Kiski y Makia debían tomar un vehículo rápido y trasladarse a Tlacan.

—No creo que seáis interceptados en las vías reales, pero si ocurre, decid que sois comerciantes de Tlacan, que regresáis de adquirir mercancías en Kolya. El recaudador Xando os dará dinero y documentos falsos. Es un hombre muy experto en escritura. Creo que debemos calificarlo como oficial, por lo que cobrará como vosotros.

Kiski puso reparos.

—Tengo diez hombres en mi grupo que merecen ser calificados como suboficiales y percibir veinte «xacnos» diarios. Pero los he contentado con la excusa de que hasta el próximo reclutamiento no pueden ser ascendidos.

—No importa, Ilo. A tu vuelta de Tlacan serán ascendidos. Quiero que todos estén contentos.

—¡Pero nos vamos a quedar sin dinero, si le compramos armas al «Behir»! —declaró Kamor.

—No temáis. Las armas que nos de Kasma servirán para tomar Tlacan. Recuperaremos el dinero. Será nuestra primera conquista seria. Quiero fortificarme allí para pasar el invierno. Necesitaremos defensas antiaéreas. Y si nos atacan los «gormios», tendremos que preparar defensas adecuadas.

»Mañana enviaremos mensajeros a Kolya, Ulmur, Frevi y Dartmik. La propuesta de Kamor es interesante. Vendrán voluntarios a unirse a nosotros, aunque también lo hagan espías entre ellos.

»Pero las mujeres de Kzarven se mezclarán con ellos, en el campamento. Descubriremos a algunos espías y recibirán un castigo ejemplar que los restantes optarán por olvidarse de los premios ofrecidos y se quedarán incondicionalmente con nosotros.

—¿No temes un ataque por sorpresa, Titan? —preguntó Kamor.

—Nosotros también tenemos espías, amigo mío. ¿No es verdad, Ilo?

El aludido asintió, sonriendo.

—Desde luego. Los jóvenes de Ormuz ya están actuando a nuestro favor en varios lugares del país. Podemos decir, aunque sea secreto, que contamos con un pequeño ejército, bien organizado y dirigido.

La reunión duró varias horas. Luego, Titan se retiró a la celda que le servía de alojamiento. Su sirvienta, Wima, joven de quince años, cuyo padre había sido ejecutado por las tropas reales, le esperaba, dormida en una butaca.

Titan se acercó a la bella joven «kzarvena» y, con delicadeza, le besó la frente. Pensaba taparla con una manta y dejar que siguiera durmiendo. Pero el ósculo del caudillo despertó a la muchacha, quien exclamó:

—¡Oh, ya has vuelto, Titan! Te esperaba… Siento haberme dormido.

—No importa, Wima. No te levantes. Yo te cubriré.

—¿Quieres que duerma aquí contigo?

—No debes salir ahora. Los soldados están vigilando. Cualquier centinela podría molestarte. Ya sabes cómo son. Y tú eres demasiado

joven y pura.

—¿Por qué me proteges, Titan? ¿Es que me quieres?

—Os quiero a todos, Wima. Sois mi única familia, mis hermanos y mis hijos. Sufro cuando veo los muertos en la lucha, pero comprendo que la guerra es así. Unos deben morir para que obtengamos triunfos y victorias.

Mientras hablaba, Titan empezó a quitarse el «pector» aislante, que le protegía de las descargas eléctricas.

—¿No has comido, Titan? —preguntó ella.

—No tengo apetito. Tomé café con los capitanes, en el consejo.

—¿Quieres que te prepare algo?

—No, gracias. Duérmete. Apagaré la luz.

Titan fue hasta el lecho y pulsó el interruptor, dejando la celda en la penumbra. Se tendió entonces en la cama, boca arriba, y dijo:

—Ganaremos la guerra, Wima. Estoy seguro. Tu padre será vengado. Te regalaré un palacio en Ulmur o Kolya. ¿Qué ciudad te gusta más?

—No conozco ninguna, Titan —musitó la joven.

—Podrás casarte con uno de mis generales…

—¡No quiero casarme, Titan! —exclamó ella, con voz trémula.

—Algún día tendrás que hacerlo, pequeña.

—Yo sólo te quiero a ti, Titan. Deseo estar siempre a tu lado, servirte, ser tu esclava.

—En nuestro mundo no existirá la esclavitud, Wima… Anda, duérmete… Estoy muy cansado… ¡Ah!

Titan Brama se quedó dormido. Sin embargo, poco después, Wima se acurrucaba cuidadosamente a su lado, buscando el calor de aquel cuerpo joven y fuerte. En sueños, él la abrazó y la atrajo hacia sí, besando luego sus labios.

Titan Brama soñó hallarse en una región celestial de dulzura y dicha. Wima, despierta, saboreó aquel amor incipiente, pero intenso y profundo que le inspiraba el caudillo.

Precisamente, Wima, con un hijo de Titan Brama en sus entrañas, habría de morir, poco tiempo después, cuando el caudillo fue atacado por los sicarios de Kasma, en Tlacan.

Titan Brama estaba hablando sobre las gradas de un templo, rodeado de su escolta. Wima, a su lado, le escuchaba llena de admiración. Pero los conjurados, tras romper el cerco de la escolta, se lanzaron sobre el caudillo, disparando sus armas eléctricas. Y Wima se interpuso, cubriendo con su cuerpo el de Titan, quien apenas tuvo tiempo de extraer sus armas.

De no haber sido por Wima, posiblemente, Titan habría muerto,

porque el «pector» aislante se había quedado, en aquella ocasión, en una de las habitaciones del palacio de Tlacan.

Wima se desplomó, pero no cayó al suelo, porque Titan la sostuvo mientras la guardia arremetía contra los seis sicarios de Kasma y les daba muerte allí mismo.

Titan Brama apenas había tenido tiempo de saborear el amor de aquella sencilla muchacha, que fue enterrada en el mejor cementerio de Tlacan, con honores de princesa.

Después, como represalia, Titan ordenó ahorcar a Kasma y a cien de sus amigos, los antiguos privilegiados de Tlacan.

¿Cómo había podido entrar Titan en la ciudad de Tlacan?

Fue una labor magnífica de Ilo Kiski y Makia. Propusieron al «Behir» la compra de armas, por las que ofrecieron un gran precio, que pagarían en dos veces. Y Makia no ocultó al ambicioso «Behir» el gran provecho que podía obtener ayudando a Titan Brama.

»—Puedes gobernar incluso en la región de Ulmur y Frevi, Kasma.

»—¿Son esas ciudades las que pensáis atacar? —preguntó el »Behir» de Tlacan aviesamente.

»— Sí.

»— Pues quiero parte del botín que obtengáis. A cambio, os ayudaré con mil lanceros «gormios».

Los lanceros «gormios» era un ejército famoso en Egor, porque cabalgaban sobre grandes pterodáctilos, de fuertes garras y poderosos picos. Las lanzas de aquellos hombres que volaban en aves amaestradas electrocutaban al herir a sus enemigos de la tierra sin que ellos resultasen afectados.

Sin embargo, los «gormios», después de formarse las flotas reales del aire, habían quedado reducidos a meros soldados de escolta, algo desprestigiados.

Ilo Kiski aceptó la oferta de Kasma, se puso en contacto con el jefe de los «gormios» de Tlacan, y con ellos, y el pequeño ejército que ya tenía Titan, en vez de atacar Ulmur y Frevi, atacaron por sorpresa al propio Tlacan.

Kasma fue encarcelado, juntamente con su corte. Pero desde su encierro ofreció una crecida suma para que mataran a Titan. El resultado fue fatal para la joven Wima.

Pero de la corte del «Behir» no quedó nadie con vida.

Titan Brama impuso una severa ley marcial e inició la movilización general, no dejando más que a los viejos y a las mujeres con hijos pequeños.

Aquella importante victoria aumentó extraordinariamente su ejército, que rayaba ya en los sesenta mil combatientes, y más de la

mitad estaban armados y equipados.

Entonces, se dispuso la defensa de Tlacan, mientras que Ilo Kiski y Kamor, al frente de dos ejércitos de veinte mil soldados cada uno, se disponían a atacar las importantes ciudades de Ulmur y Frevi.

La suerte seguía acompañando a lo que pocas semanas antes no era más que una horda desharrapada e indisciplinada, y que ahora tomaba poco a poco conciencia de un ejército aguerrido, feroz, ambicioso y bien pertrechado.

Capítulo III

EL MAGO KOMAEC

Fue Makia, ahora convertida en elegante coronel jefe de regimiento y ataviada con las mejores, prendas militares de su categoría y rango, quien solicitó a Titan Brama que recibiera al mago Komaec.

»—¿Qué tiene de particular ese hombre, Makia? —fue la pregunta del nuevo amo de Tlacan.

»—Tú mismo lo verás. Recíbele y obtendrás un increíble provecho.

Titan accedió. Una mañana, el mago Anac Komaec fue introducido a su presencia, en el salón de audiencias del palacio, donde una escolta, perfectamente equipada y provista de las armas más modernas, rodeaba al nuevo caudillo.

Anac Komaec era un hombre extraño, de edad indefinida, con ojos oscuros y misteriosos, que vestía un ropón gris, se cubría con un cómico gorro negro, a modo de birrete, pero que sonreía al saludar a Titan como quien conoce por vez primera a un amigo simpático.

—Te saludo, Señor Supremo —fueron las primeras palabras de Anac.

—¿Quién eres? —preguntó Titan, observando con interés a su visitante, pero sin ofrecerle un asiento, mientras que él permanecía reclinado, en cómoda postura, en el sillón dorado del «Behir» de Tlacan.

—Soy el hombre que necesitas a tu lado, para saber en todo momento cuándo y cómo debes actuar.

—¿Vienes a darme órdenes?

—No. Yo jamás te daré órdenes. Vengo a servirte, como un soldado más. Pero te conviene consultarme antes de tomar una decisión o dar una orden importante.

—¡Vaya, pareces muy seguro de ti mismo! Me han dicho que eres mago. ¿Qué sabes hacer?

—Casi nada —respondió Anac Komaec—. Hablar, aconsejar y, sobre todo, escuchar.

—¿A quién escuchas?

—A los que saben más que yo. Ellos están en la tierra, en el aire, en las estrellas, y hasta en el fondo de los ríos, lagos y mares.

—¿Y quiénes son ellos?

—No lo sé. No los he visto jamás. No sé cómo son, ni de dónde han venido, ni siquiera lo que hacen aquí. Pero los he escuchado, los he interrogado y me han contestado.

—¿Qué te han dicho?

—Me han hablado de ti.
—¿De mí?
—Sí, del Señor Supremo del cosmos.
Titan esbozó una sonrisa.
—No me gustan los charlatanes, Anac Komaec. Tampoco me gustan los aduladores. Creo que puedes empuñar un arma y batirte en primera fila por mí. Yo no necesito que nadie venga a decirme lo que debo hacer. Eso sería una torpeza imperdonable.
—Te equivocas, Señor Supremo. Yo no te sirvo para combatir, sino para decirte lo que los dioses me digan.
—¿Dioses?
—Así los llamo yo, pero no sé quiénes son. Por ejemplo, me han dicho que vas a conquistar no sólo este mundo, en el que estamos, sino otros mundos que no conocemos.
»Me han dicho que tu ejército no conocerá la derrota jamás, y que Dathis XII, el Inviolable, morirá a tus manos.
Titan volvió a sonreír.
—¿Pretendes predecir el futuro, mago?
—Algo de eso. Yo puedo decirte lo que te será propicio y lo que no. Por eso siempre vencerás.
—Eso es muy fácil decirlo —repuso Titan—. No es igual demostrarlo.
—Estoy dispuesto a demostrártelo. Yo no habría venido aquí si no supiera ya el resultado de esta audiencia. Por eso no ofrecí mis servicios a Kasma. «Aguarda, Anac, me dijeron mis dioses. El "Behir” va a morir pronto. Su puesto lo ocupará pronto el hombre nacido para conquistar el cosmos. Su nombre es Titan Brama.»
»Y por eso contuve mi impaciencia. Yo no podía unir mi suerte a la de un muerto. Por eso he esperado y por eso estoy aquí.
—Bien —pareció burlarse Titan—, ya estás aquí. Ahora te marchas, porque tus servicios de mago no me interesan.
Anac no se inmutó por esto. Se limitó a realizar un gesto con la mano derecha... ¡Y a su lado surgió un regio sillón, dorado, semejante al que ocupaba Titan!
El mago se sentó en él, ante el asombro de Titan y su escolta, cuyos miembros aprestaron sus armas, como para defender a su jefe de la magia del visitante.
—Yo haré nacer tronos como éste para ti —dijo Anac, sonriendo.
—¿Cómo lo has hecho?
—Soy un mago. Estoy iniciado en la ciencia oculta de mis antepasados, los «mokvios». Quedamos muy pocos ya, pero yo he estudiado profundamente las secretas verdades del pasado y mi magia

es buena.

—¿Puedes hacer aparecer naves voladoras igual que sillones?

—No. Lo siento, Señor Supremo. Pero puedo hacer que muchas se detengan en el aire, queden inmovilizadas y no puedan causar daño a tus ejércitos.

Titan se puso en pie de un salto y se acercó a Anac, con la expresión radiante.

—¡Eso tienes que demostrármelo ahora mismo!

—Sí, lo haré. Arroja algo al aire. Por ley natural, debe caer al suelo o seguir su trayectoria, hasta caer. Yo haré que se detenga en su curso.

Sin vacilar, Titan desenfundó una de sus armas eléctricas y la lanzó fuertemente al aire. Por el impulso que llevaba, habría alcanzado el otro extremo del salón.

Pero Anac se volvió, siguió la trayectoria del arma y... ¡de súbito, todos quedaron atónitos, al ver el arma quedar inmóvil en el aire!

—Confieso que es un buen truco. Hazla bajar —dijo Titan.

—¿Quieres que siga su trayectoria o que caiga desde donde está? —preguntó Anac, sonriendo.

—No importa. ¿Cómo lo has hecho?

—He neutralizado su peso, su inercia y su vuelo por dominio mental. Si te lo explico, no lo entenderías jamás. Me ha costado algunos años de intenso ejercicio, una vez que conocí el procedimiento. Puedo asegurarte que el dominio de la voluntad lo puede todo. Incluso, si me lo propusiera, podría mover montañas... Ahí tienes tu arma.

¡Titan quedó maravillado al ver descender el arma, precisamente en dirección a donde él estaba, como si fuese una especie de paloma domesticada que obedeciera las órdenes mentales de Anac!

Titan tomó el arma, se la guardó en la funda y se volvió a sentar. Miró a su visitante, y luego dijo:

—Quedas aceptado, mago. Tu misión va a ser permanecer siempre cerca de mí e informarme de lo que dicen tus dioses.

—De acuerdo —contestó Anac Komaec—. Pero mi trabajo tiene un precio.

—¡Por supuesto! —exclamó Titan —. Eso es elemental. Señala tú mismo el precio que quieres ganar.

Anac sonrió y luego dijo:

—Quiero la mitad exactamente de lo que ganes tú.

—Aceptado —replicó Titan con presteza—. Sólo tengo una palabra. Y juro por tus dioses y los míos que la cumpliré.

—Bien, yo también cumpliré la mía —contestó Anac, levantándose.

Se saludaron volviendo las manos hacia arriba, rito solemne que

representaba el ofrecimiento del corazón de ambos. Luego, Titan sonrió y dijo:

—Has hecho muy mal negocio, Anac.

—¿Por qué lo dices?

—Yo no he tratado de engañarte. Creo que el dinero no hace la felicidad. Vete a ver a Xandro y sabrás que yo no figuro en la nómina de mis tropas. No tengo soldada. Jamás me apropiaré de algo que no necesite y en mi ejército no hay botín de guerra de nadie. Mis arcas no se llenarán jamás de «xacnos». Cuando salga de aquí, seré tan pobre como cuando entré.

»¡Y tú serás la mitad de pobre que yo!

Anac Komaec se echó a reír estrepitosamente. Después habría de decir: «Soy un mago estupendo, pero un pésimo negociante. De todas formas, estar al lado de Titan Brama es un privilegio inmenso».

* * *

Ilo Kiski y Kamor, al frente de veinte mil hombres cada uno, atacaron las ciudades de Ulmur y Frevi, entablándose una enconada lucha, en el transcurso de la cual las calles se llenaron de cadáveres.

Los «behires» estaban ya advertidos y se habían apostado tropas en los lugares más estratégicos. Sin embargo, la ferocidad de los asaltantes, el arrojo, la desesperación y la furia, además de que eran las mejores tropas de Titan Brama y les habían prometido una paga especial, hicieron inclinarse pronto la lucha a su favor.

También ocurrió, durante una tregua, que los defensores de Ulmur se enteraron de lo que percibían las tropas de Titan Brama por su esfuerzo y hubo deserciones en masa.

Aquellos hombres ponían sus vidas en juego por la miserable soldada de cuatro «xacnos» diarios, lo que apenas les daba para beber «xank» en sus días libres.

Falto de hombres, el «behir» de Ulmur se rindió, Ilo Kiski le hizo decapitar inmediatamente, sin juicio ni nada. Había sido un expoliador, un siervo vil de Dathis XII, y su hora había llegado.

Kamor también conquistó Frevi, y lo más importante, el aeropuerto inmediato, donde había cien naves de transporte. Pero con ellas pudieron luchar en el aire, dado que pronto los ingenieros de Titan Brama las convirtieron en naves de guerra. Más tarde, tendrían una intervención decisiva en la gran batalla de Dartmik, en cuyas cercanías sería vencido el famoso general Gamon.

La noticia de aquellos éxitos la recibió Titan Brama, en el palacio de Tlacan, mientras disponía las defensas de la ciudad y vigilaba el adiestramiento y la preparación de las tropas recién reclutadas.

Precisamente, había confiado a Drem la formación de una legión de cincuenta mil combatientes, que habría de llevar el nombre de Legión «Wima».

Estaba viendo cómo se equipaban aquellos hombres y mujeres, cuando el jefe de transmisiones electrónicas llegó corriendo a informarle.

—¡Grandes noticias, Titan! ¡Kiski ha conquistado Ulmur, y Kamor está destruyendo los últimos nidos de oposición en Frevi!

Anac, que estaba cerca de Titan, ahora vestido con ropas de gran precio, observó:

—El Señor Supremo ya conocía la victoria, Tirfis. Mi mente ha ido a Ulmur y Frevi y ha vuelto antes que las ondas eléctricas de tus aparatos.

—Yo envié a mis amigos a luchar porque estaba seguro de que no me necesitaban... ¡Ah, éste es un gran día para todos nosotros!

Makia llegó en un coche eléctrico, descubierto, y saltó a tierra antes de que el vehículo se hubiese detenido. Abrazó a Titan, lo besó en las mejillas, y exclamó:

—¡Victoria en Ulmur, Titan! ¡El «Behir» ha sido decapitado por Ilo! ¡Viva el coronel Kiski!

—Desde ahora tendrás que llamar general a Ilo y a Drem, Makia. Todos vais a ser generales.

Después de aquellas conquistas, Dathis XII reunió a sus altos jefes militares y les ordenó atacar

Tlacan, Ulmur y Frevi con todos sus efectos, tanto por aire como por tierra.

—¡Y quiero la cabeza de ese aventurero que dice llamarse Titan Brama! ¡Sé que es un farsante que utiliza ese nombre; estoy bien informado! Titan Brama es un molinero de la aldea de Cekra, que fue castigado a cien latigazos por mirar con descaro a una mujer de mi corte. Su cuerpo está enterrado en el cementerio pobre de Kolya.

»Usted, Gamon, como jefe del ejército, destruirá esa horda, ahorcará a todos esos rebeldes y decapitará a sus jefes.

El general Gamon no pareció muy satisfecho de la orden tajante del tirano, por lo que se atrevió a decir:

—Si mis informes son exactos, esa horda ha aumentado considerablemente y ya disponen de un verdadero ejército que, aunque no esté entrenado, ha sabido derrotar a las tropas de Tlacan, Ulmur y Frevi.

»Eso no es lo peor, señor, sino la época invernal que se avecina. El invierno no es adecuado para operaciones militares.

—¿Propone esperar hasta la primavera para destruir a esos

rufianes, general Gamon? —preguntó Dathis XII, exasperado.

—Sería lo correcto, majestad.

—¡No! ¡Quiero que se les castigue cuanto antes! ¡En la primavera puede ser tarde! Si continúan haciéndose fuertes como hasta ahora, podremos tener algún tropiezo. Hay que lanzar contra ellos todos nuestros efectivos.

— Bien, señor. Así lo haré. Pero la precipitación suele dar malos resultados.

Gamon reunió después a su estado mayor y trató de conseguir más información. Para ello envió espías a las ciudades de Frevi, Tlacan y Ulmur.

¡Sus espías no volvieron!

Uno a uno, Anac Komaec los fue descubriendo. Otros fueron desenmascarados en los burdeles del ejército, donde las meretrices trabajaban en favor de Titan Brama.

Todos fueron ahorcados sin contemplaciones.

Y, por otra parte, los agentes que envió Kamor a Kolya dieron un resultado estupendo, porque las noticias de que el general Gamon se preparaba para marchar contra las ciudades rebeldes, llegaron a través de las ondas, con toda clase de detalles importantes.

También Anac Komaec, quien al principio no hizo gracia a Ilo Kiski, colaboró en la información. Y fue él quien preparó el descalabro de los fusileros reales, en el desfiladero Gertic, a cincuenta millas de Dartmik... ¡Y dijo cómo tenían que situarse las fuerzas de reserva en la famosa batalla de Dartmik!

Anac habló a Titan como si aquellos decisivos encuentros se hubiesen producido ya y él hubiera sido testigo excepcional de ellos. Citó también los bombardeos de Frevi y Tlacan, la primera de cuyas ciudades quedaría casi destruida, mientras que, en la segunda, las fuerzas reales del aire iban a recibir un descalabro terrible, al verse impedidas de avanzar, como si hubiese surgido ante ellas un obstáculo invisible.

— ¡Y las naves caerán fuera de la ciudad! —terminó Anac.

Aquella profecía se cumplió.

Dos mil naves militares se estrellaron a pocas millas de Tlacan. Pero Frevi fue aniquilada y convertida en escombros, pereciendo allí más de diez mil personas, en su mayoría mujeres y niños, puesto que la recién formada legión «Faker», mandada por Kamor, se había dispersado por los alrededores y sus armas pudieron abatir algunas naves, así como entablar un combate aéreo con las naves comerciales que Kamor hizo pertrechar para la guerra.

* * *

Habían caído las primeras nieves. El cielo, gris y sucio, amenazaba tormenta. Pero los fusileros reales, tres regimientos, con sus furgones de aprovisionamiento, comunicaciones y pertrechos, habían recibido órdenes de avanzar hasta la entrada del desfiladero Gertic.

En aquella estrategia, el general Gamon pretendía envolver la ciudad de Dartmik, donde la subversión reinaba en las calles y las tropas leales, del «Behir», no podían controlar a la masa popular rebelada por instigación de los agentes de Titan Brama.

Gamon quería atraer allí, a las llanuras de Dartmik, al grueso del ejército rebelde de Titan, y estaba seguro de lograrlo, porque sólo utilizó tropas de infantería, fáciles de vigilar desde las aldeas. Gamon guardaba más de cien mil hombres dispuestos para envolver a las tropas de Titan, si se atrevían a acudir en ayuda de los sediciosos de Dartmik.

Era una táctica bastante inteligente y hábil, en la que muchos habrían mordido el cebo. Pero Titan Brama no sólo se tragó el cebo y casi destruyó los tres regimientos, dentro del desfiladero de Gertic, sino que luego envió la Legión «Wima» y la Legión «Faker» contra Dartmik. ¡Y entabló batalla a Gamon, al que nadie socorrió desde el aire, porque fallaron sus bien estudiados planes!

Gamon, después de luchar durante cuatro horas, en las que cayeron todos sus efectivos ante el ardor y el empuje de las tropas de Titan Brama, el cual cabalgaba entre los alados «gormios», al no recibir socorros, tuvo que rendirse con todo el dolor de su corazón.

En el mismo campo de batalla, en medio de miles de cadáveres carbonizados, entre el humo de la muerte, el olor de la carne quemada, de la sangre y de la pólvora, Gamon entregó sus atributos a Titan Brama, diciendo:

—Me ha vencido la fatalidad. Es evidente que no defendía una causa justa.

—Desde luego que no, general Gamon —dijo Titan—. Por eso os ruego que seáis mensajero mío ante Dathis XII, con quien quiero firmar un tratado de paz.

Gamon no comprendió aquella propuesta.

—¿Qué queréis decir, general Brama? ¡Podéis reinar en Kolya esta misma noche!

—No me interesa el trono, general Gamon. Quiero pactar con Dathis XII. Sé que estoy en condiciones de hacerlo y él no tiene más remedio que aceptar lo que deseo proponerle.

El vencido general Gamon recibió permiso para volver a Kolya, la capital del reino, acompañado de una escolta, y proponer a Dathis XII las condiciones de Titan Brama.

Éstas eran:

1* Titan Brama deseaba una esposa de sangre real.

2* Quería ser jefe supremo de todos los ejércitos.

3* Modificar las leyes de Egor.

4* El reconocimiento de su ejército.

Dathis XII se apresuró a aceptar. Temía por su vida y Titan Brama sólo parecía ser un libertador poco ambicioso. Él sabría dominarle en la corte.

¡Pero Titan Brama sólo quería confiar a Dathis XII!

Capítulo IV

LA PRINCESA KARMA

El ejército victorioso entró en Kolya, en la fiesta de Mon. Doscientos mil hombres, en perfectas formaciones, uniformados y equipados según sus cuerpos, con banderas de triunfo, vehículos blindados, naves aéreas, baterías de artillería, y todo lo que un gran caudillo puede mandar, desfilaron por la ancha avenida de Graktan, el antepasado de Dathis XII, hacia el centro de la capital.

Previamente, tropas especiales, a las órdenes de Kamor, Makia y Kiski, habían ocupado todos los lugares públicos de la ciudad. La guardia real fue relevada y ocupados los castillos circundantes. La Regiduría Real también fue ocupada dictándose órdenes para desarmar tanto a la guardia real como a la fuerza pública.

Titan Brama había sido terminante en sus disposiciones. No quería ser traicionado, ¡porque en su mente albergaba la idea acariciada desde tiempo atrás, cuando fue azotado!

El tirano, a pesar de que se sentía indefenso, no opuso objeción. Incluso había elegido ya a la princesa Karma, la más bella de todas sus hijas que contaba dieciséis años, para ofrecérsela a Titan Brama, en la ofrenda al Sagrado Mon.

Por esto, la corte se había reunido ante el templo de Mon para presenciar el desfile y la llegada del invicto jefe de todos los ejércitos de Egor.

La corte real, con todo su esplendor, rodeada ya de la escolta que envió Titan, esperaba, luciendo sus mejores galas, sus más preciosas joyas y sus distintivos y ornamentos más relumbrantes.

El desfile fue impresionante y fastuoso. Las tropas, al compás de los instrumentos de música, avanzaban con una marcialidad increíble en personas que pocos meses antes eran campesinos, artesanos, técnicos y obreros. Aunque, bien era verdad, que los jefes del ejército de Titan Brama habían exigido el máximo a sus fuerzas, y que, entre la horda reclutaba en pueblos y ciudades, había ya una gran mayoría de auténticos soldados, veteranos de las tropas del general Gamon y mercenarios de las ciudades de Tlacan, Ulmur, y Dartmik.

Todo aquel inmenso ejército, reunido ahora bajo el mando de Titan Brama, expresaba el símbolo de la revolución más grande que sufrió jamás aquel mundo.

Y Titan Brama era el artífice de la gran victoria.

Precisamente, el caudillo fue de los últimos en penetrar en la capital. Y lo hizo montado en un caballo negro, ataviado con su coraza de general en jefe y luciendo sus armas, entre ellas una espada, al

parecer eléctrica.

La multitud congregada a lo largo de la avenida de Graktan, más de seis millones de personas de todas las edades y condiciones sociales, vitoreaba al nuevo jefe. El nombre de Titan Brama lo invadía todo. Los gritos y clamores eran ensordecedores.

Ilo Kiski y sus nuevos ediles se encargaron de que la entrada de Titan Brama en Kolya estuviese sincronizada con la suelta de miles de pájaros de colores, de globos de papel y de cohetes.

Dignamente, como correspondía a su nuevo rango. Titan Brama fue saludado a derecha e izquierda, siempre rodeado de su impresionante escolta, tanto de «gormios» alados, con lanzas relucientes y vistosas capas, como por vehículos eléctricos que a marcha reducida la envolvían pertrechados con máquinas eléctricas paralizantes. Titan Brama, por orden del mago Komaec, tuvo que aceptar aquella vigilancia, porque no se estaba seguro de que Dathis XII no hubiese preparado una conjura que terminase en un atentado.

«—Que tú le cortes el cuello a Dathis XII —había dicho Anac Komaec—, me parece muy bien. Además, está aprobado por los dioses. Pero si él te lo quiere cortar a ti, eso no me parece tan bien».

Además, la junta de generales insistió en que Titan Brama fuese escoltado convenientemente, porque eso daba categoría y realce al nuevo jefe supremo. Y, evidentemente, la escolta, que había ensayado durante varias semanas el acompañamiento, se portaba a la perfección.

La táctica del desfile consistía en llegar las tropas hasta el templo de Mon y luego girar hacia el palacio real, rodeando la enorme plaza del reloj de Egor. Se había calculado que cuando la cabeza del desfile llegase a rodear completamente palacio y templo, Titan Brama ya estaría ante las escalinatas del suntuoso edificio dedicado a Mon.

Así, resultaría que el ejército formaría un infranqueable muro entre la corte y los dignatarios de Dathis XII, el Inviolable, y el pueblo que se había concentrado, principalmente en la avenida de Graktan.

En efecto, entre el estruendo de los tambores, las trompetas, los vítores y el paso marcial de las tropas, Titan Brama, haciendo caracolear a su corcel, llegó hasta las escalinatas del templo. Arriba, rodeado de su corte y de los altos dignatarios reales, estaba Dathis XII, sentado en un trono.

Pero cuando llegó Titan Brama, el tirano, obedeciendo órdenes del general Gamon, se levantó y aplaudió. Todo su séquito le imitó. Estaba determinado en el protocolo, aunque dentro de sus corazones hubiese un oculto resentimiento contra el hijo del molinero Mandir, que venía a imponerles sus mandatos.

Titan Brama desmontó, ayudado por dos edecanes, lujosamente ataviados, y tras saludar a la muchedumbre y al ejército, que se había detenido, formando una impresionante barrera, ascendió las escalinatas del templo.

Dathis XII se inclinó hacia su hija Karma, que estaba a su lado, radiante de esplendor y belleza, y le musitó al oído:

—Desde luego, princesa, es un guerrero apuesto y gallardo.

—Sí, padre mío —murmuró la princesa—. Anda como si fuese el dueño del mundo... Y es muy guapo.

—Me alegro que pienses así. Tú podrás ayudarme mucho, hija mía.

De pronto, como obedeciendo a una consigna, callaron los tambores y las trompetas. Titan Brama estaba ya cerca del tirano, al que iba a rendir pleitesía, como dijo al general Gamon, días atrás, preparando la ceremonia.

«— Ofreceré mi espada al rey —había dicho Titan Brama.

Aquel gesto gustó a Gamon, quien dijo:

«—Eso será un gesto de buena voluntad que Dathis XII agradecerá mucho. Os dará la mano delante del pueblo y entrará con usted en el templo.

«—Bien, bien.

El momento había llegado. Titan Brama estaba ya delante de Dathis XII. Más de quinientas personas llenaban la plataforma del templo de Mon. Cerca del tirano estaban los más allegados, las esposas, las hijas e hijos, los chambelanes, los nobles y los «behires» de muchas importantes ciudades. También estaban allí los consejeros, los generales, los hombres de ciencia y los grandes artistas que gozaban del favor regio.

Titan Brama los miró a todos, muy serio. Luego, su mirada tropezó con Karma, que bajó la vista, cohibida. Por ver aquella preciosa muchacha, Titan Brama, el hijo del molinero, había levantado los ojos una vez. Por ello fue castigado.

Ahora, Dathis XII ofrecía aquella hija a Titan Brama como esposa.

— Sed bienvenido a Kolya, general Titan Brama —habló el rey.

Incluso pareció que el pueblo dejaba de aclamar, estirando todo el mundo los cuellos, para no perderse ni un detalle del memorable encuentro.

Titan Brama avanzó otros dos pasos y llevó la mano derecha al puño de su espada. Pareció que iba a inclinarse ante el monarca. Pero se detuvo, con la hoja desnuda y brillante en la mano. Miró a Dathis XII fijamente.

Y lo que el monarca vio en su mirada en aquel instante supremo, le hizo estremecerse.

—¡Juré cortar tu infame cabeza, tirano! —exclamó Titan Brama—. Este es mi momento.

La espada centelleó en su mano. Dathis XII lanzó un grito que se convirtió en sangriento gorgoteo, cuando la afilada hoja, con infalible acierto, pues Titan Brama se había ejercitado previamente, segó el regio cuello, cortando incluso uno de los collares que el monarca llevaba colgando.

La cabeza, separada del tronco, rodó por el suelo, a los pies de Karma y las esposas del rey, quienes retrocedieron atropelladamente, desmayándose algunas, gritando y lanzando alaridos otras. Y en la terrible confusión reinante, cuando ya varios cortesanos pretendían abalanzarse sobre el regicida, las tropas «gormias», haciendo batir el aire con las gigantescas alas de sus pterodáctilos, interpusieron sus lanzas eléctricas entre el caudillo y la desconcertada corte de Dathis XII, cuyo cuerpo todavía se contraía en el suelo, en medio de un gran charco de sangre.

En medio de la confusión, Titan Brama alzó su espada al aire y gritó:

—¡La tiranía y el despotismo han muerto en Egor! ¡Al fin habrá justicia!

Si alguien protestó entre el pueblo, la vigilancia secreta y el ejército, controlado por las generales de Titan Brama, cuidó de efectuar las correspondientes detenciones.

Sin embargo, los jefes de regimiento dieron órdenes de avanzar y obligar al pueblo a dispersarse. En poco tiempo, sólo las tropas permanecían en las calles, dominando totalmente la ciudad, por donde pasearon las patrullas con órdenes de sofocar cualquier conato de rebelión.

Luego, el propio Titan Brama ensartó la sangrante cabeza del tirano decapitado *y* se la entregó, en la punta de su espada, al jefe de los alados «gormios», para que fuese a colocarla en las altas agujas del palacio real.

Así pudieron ver todos los habitantes de Kolya la cabeza de su rey ensartada en el lugar más alto de la ciudad.

* * *

Ilo Kiski y algunos de sus antiguos camaradas de los bosques de Daijan, instalados ahora en la fortaleza militar de Kolya, pusieron en marcha la más gigantesca máquina de represión política que conociera jamás la historia de Egor.

Un tribunal especial inició los procesamientos en masa de todos los que, de un modo u otro, se habían beneficiado de las prebendas reales.

Habían quedado abolidas las castas en todo el país. Todos los ciudadanos poseían idénticos derechos, según un decreto militar promulgado por Titan Brama.

Se desposeyó de sus bienes a todos los potentados y privilegiados. Precisamente, las arcas del ejército necesitaban nutrirse, porque el nuevo caudillo había prometido pagar los créditos del ejército y las pagas de la tropa. Además, ofreció también una gratificación extraordinaria de cien «xacnos» a los soldados, con un cero más a la derecha cada grado superior.

Precisamente, el general Ilo Kiski tenía que recibir diez millones de «xacnos», dada su alta graduación. He ahí el interés que tenía por recaudar cuanto antes la exorbitante cifra que necesitaba Xando, el Pagador General, para que se cumpliera el propósito de Titan Brama.

El sistema de Ilo Kiski fue tajante. No dejó un «xacno» en poder de ningún rico. Comerciantes, industriales, terratenientes, rentistas, prestamistas, artistas favorecidos por la realeza, y todo aquel considerado como poseedor de bienes más que suficientes para vivir, fueron expoliados condenados, y hasta ejecutados.

Por otra parte, con un orden no siempre justo, se repartieron alimentos y prendas de vestir entre los parias y las castas más inferiores, que eran precisamente la mayoría, para que todos pudieran gozar del triunfo de la libertad... ¡Ah, pero no fue libertad para todos!

Hubo miles de víctimas sacrificadas en holocausto al que unos llamaban nuevo dictador y otros libertador.

En el palacio Real, ocupando las regias estancias por derecho de conquista, Titan Brama hacía caso omiso a todo lo que sucedía en Kolya. Él había dado sus órdenes, éstas se iban cumpliendo y estaba seguro de que, cuando las aguas volvieran a su cauce, todo Egor estaría contento con él.

Otra de sus órdenes sangrientas, la más cruel de todas, posiblemente, se había cumplido el mismo día de su llegada a Kolya. Dio órdenes a Makia para que toda la corte real fuese ahorcada y enterrada en el cementerio pobre de la ciudad, a excepción de las mujeres de la familia real que tuvieran menos de veinticinco años.

Los hijos del rey, que eran más de veinte, murieron llorando angustiosamente, sin ánimo de rebelarse contra el nuevo y sangriento amo. Las mujeres, casi todas esposas de Dathis XII, lloraban más por el bienestar que perdían que por sus vidas.

Las hijas supervivientes, entre las que estaba la princesa, fueron obligadas a permanecer encerradas en sus aposentos, a la espera de que Titan Brama dispusiera de ellas.

—¿Para qué quieres a esas muchachas, Titan? —preguntó el mago

Anac, que muchas veces no se hallaba en condiciones de penetrar en la mente de su jefe y amigo, puesto que Titan había aprendido a defenderse del poder mental del otro.

—¡Ah! ¿No dices que lo sabes todo?

—Cuando duermes, no puedo penetrar en tus pensamientos. Y ahora estas dormido en el triunfo.

—¿Qué te dicen tus dioses?

—No he podido oírles. El estruendo de tus legiones los han espantado.

Titan sonrió.

—Prometí a mis generales que se casarían con princesas de sangre real. ¿Te parece bien?

—¡Me parece estupendo! ¿Y tu prometida? ¿Sabes que te odia hasta su última gota de sangre? La princesa Karma amaba a su padre. Era su favorita. Tú has degollado al rey, en su presencia, y has hecho ahorcar a su madre. Cuidado con ella, Titan Brama. Puede ser peligrosa en tu lecho.

Titan no contestó. Paseó por el amplio salón del trono, se dirigió hacia la galería, desde donde se contemplaba la extensa avenida de Graktan, y admiró algunos de los palacios próximos, situados al otro lado de la plaza, verdaderas obras de arte de la arquitectura regia egorena.

—¿Cuál de estos palacios te gusta, Anac? —preguntó Titan.

—Ninguno. Prefiero vivir en esto. Yo siempre tendré la mitad de lo que tú tengas.

—Repartiré esos palacios entre mis jefes y oficiales, para que vivan cómodamente en ellos, con sus bien ganadas fortunas.

—¿Qué liberación es la tuya, pues? —preguntó Anac—. Has quitado un rey y pones otro.

—Yo no quiero gobernar Egor, Anac.

—¿No? Me desconciertas. ¿Qué piensas hacer?

—No lo sé todavía, pero estoy seguro de que no podré vivir aquí, rodeado de aduladores. Cualquiera de mis generales tiene ya más poder que yo. Si los dejo libres, pronto empezarán a intrigar. No hay peor cosa que el ocio para despertar los vicios y la traición.

—¡Formidable, Titan; pareces un docto profesor de ciencias filosóficas, en vez de un molinero al que los dioses han convertido en jefe de Egor!

»Permíteme que te diga algo. Este mundo es mucho más grande de lo que tú crees. Además de la nación de Dathis XII, existen otras naciones lejanas, unas en estado semisalvaje aún y otras muy civilizadas, de las que tienes que cuidarte.

»Por si fuese poco, fuera de este mundo, hay otros mundos. Esas estrellas que vemos por la noche son soles, en torno a los cuales giran mundos como éste, y hay otras razas, algunas humanas como nosotros y otras no.

»Todos ellos pueden ser enemigos tuyos. La guerra no ha terminado con esta victoria. Tienes bajo tu poder las cinco ciudades más importantes de Egor, cuyo rey has matado.

»Y si te duermes en los laureles del triunfo, ¡ay de ti!

— ¡Déjate de sermones, mago burlón! Haz que traigan a la princesa Karma a mi presencia. La recibiré en mis habitaciones privadas. Y lárgate a ver lo que están haciendo Ilo, Makia, Grek, Xando, Drem y Kamor. Diles que quiero las cosas bien hechas, de lo contrario soy capaz de enviar al «potro» a cualquiera de ellos.

Anac se fue y Titan Brama se dirigió a sus habitaciones particulares, que estaban vigiladas por fornidos y fieles «ulirios» del norte, hombres famosos por su lealtad a sus amos.

Fueron dos de éstos, precisamente, los que entraron en la antesala de Titan, trayendo casi a rastras a la princesa Karma. Una vez la hubieron arrojado al suelo, se retiraron, obedeciendo una seña de su jefe.

Karma quedó tendida en tierra llorando sobre las brillantes baldosas metálicas.

Titan se sentó en una amplia butaca cerca de ella, y la estuvo mirando largo rato, sin decir nada, hasta que la joven terminó por levantar la cabeza.

—¡Te odio, criminal! ¡Eres un monstruo abominable, cruel y salvaje! —exclamó la joven.

Titan, en cambio, no replicó y siguió mirándola sin alterar la expresión de su semblante.

—¡El remordimiento pudrirá tu alma! ¡Te retorcerás de angustia y dolor por tu ignominioso crimen; y terminarás peor que mi padre, por traidor, ruin, vil y canalla!

Karma estuvo un largo rato lanzando improperios contra Titan, y luego, como no obtenía respuesta de él, le escupió y salió corriendo hacia la puerta. La abrió, pero los «ulirios» la detuvieron, a un gesto de Titan, haciéndola entrar de nuevo en la cámara.

—¡Déjame ir, bestia inmunda! ¡No quiero ni verte!

—Puedes cerrar los ojos, si es tu deseo. No te obligaré a verme —habló él, al fin—; pero quiero que me oigas. Ya te has desahogado. Has pronunciado frases indignas de una princesa. Yo las he escuchado.

»Tú vas a escucharme a mí también. Luego, posiblemente, haré que te corten el cuello como a tu padre y lleven tu cabeza a las altas

agujas del palacio.

»¡Pero tienes que oírme y me oirás o destrozaré este mundo con mis manos!

Capítulo V

EL GUERRERO IMPLACABLE

— Puedo mostrarte las cicatrices de mi cuerpo. ¿Sabes por qué me azotaron? Yo viví siempre en una aldea, sin conocer el mundo más que por los libros y los relatos que me hacían los campesinos que traían su trigo al molino.

»Yo era un soñador, que amaba al rey, adoraba a Mon y por mi mente jamás pasó la idea de hacer daño a nadie. Era un infeliz campesino, ignorante y torpe, que un día, con quince «xacnos» en el bolsillo, se fue a la ciudad a conocer las grandes cosas que contaban los libros.

»Yo no conocía las leyes ni las costumbres. Me dijeron que debía arrodillarme porque iba a pasar la corte real, camino del templo de Mon. Y lo hice, como todos, aunque vi rostros hambrientos entre el pueblo, ropas viejas y sucias, cuerpos enfermos.

«Comprendí que aquellas gentes no eran felices. Había miedo en los ojos; en algunos, todavía brillaba la esperanza de la salvación. Otros la habían perdido. Vivían porque confiaban en que tu padre se diera cuenta de su miseria y ordenase repartir alimentos de los almacenes reales.

»Y yo, ¡pobre ignorante de mí!, como un necio, cometí el terrible delito de levantar la cabeza para verte pasar, entre tus hermanas, vestida con un lujo ultrajante.

»Claro, tú eras una princesa de sangre real. Tu madre era hermosa, Dathis XII, el Inviolable, la conoció y se encaprichó de ella. Ese privilegio sólo pertenece al rey.

»¿Y quién es el rey? ¡Un monstruo sagrado, con mil cabezas, que puede devorar a capricho a todos sus súbditos, por el solo hecho de haber sido el hijo más adulador del difunto rey Galkan III! No hay ley que no pueda burlar el monarca. Todo le está permitido. Él puede nombrar sucesor a quien le plazca de sus hijos, sólo porque uno de ellos le ha caído mejor o porque amó más a su madre.

»No hay nadie que se oponga. Los regidores reales administran al pueblo, lo expolian hasta límites máximos, para que el despilfarro real sea mayor, para agasajar a los mejores artistas, a los sabios más preclaros y a los generales, cuyos ejércitos dominan esa masa hambrienta y miserable llamada pueblo, que es como una lacra que no pueden extinguir y que se hacina en torno a las grandes ciudades.

»¡Pero el rey, tu padre, es un hombre como todos los demás, que muere si se le mata y se queda desnudo si le quitan sus ropajes!

»A mí me quitaron la zamarra y me golpearon hasta dejarme casi

sin vida, porque cometí el imperdonable delito de mirar a las princesas. Ahora, mirarte con desprecio no es delito, porque aquí mando yo, que soy el jefe del ejército.

»Tu padre ha muerto, porque juré por la salvación de mi alma que le cortaría el cuello. Sólo por aquellos azotes que me dieron sus verdugos, he levantado al pueblo, he luchado con toda la vehemencia de mi corazón, derrotando a mis enemigos, y llegando hasta aquí, porque convertí mi vida en un insaciable deseo de venganza.

«Heme aquí. He cumplido mi promesa, pero no estoy satisfecho. Hubiera querido que tu padre tuviese mil vidas para arrancárselas todas, una a una, de mil modos distintos.

«¿Puedes imaginar lo que sufrí, oculto en una tumba, en el cementerio de los pobres, sólo cuidado por un viejo loco, que me daba de comer desperdicios, basura que no querían los perros, carne de qué sé yo?

Hubiese muerto. Los cien latigazos que me dieron laceraron mi cuerpo y mi alma, me endurecieron como si fuese de pedernal, acero o algo insensible e indestructible.

»Viví porque me lo propuse con ferviente deseo. Tenía que vivir, tenía que salir de aquel agujero pútrido y pestilente, cuyo recuerdo me eriza el cabello dé espanto, para reunir en tomo a mí hombres y mujeres que quisieran cambiar la situación en Egor.

»Ya has visto que el destino se ha puesto de mi parte. Vencí en Tlacan, en Ulmur, en Frevi y en Dartmik. No importa cómo lo hice. Luego, entré aquí, triunfador.

»Desde Dartmik, pude haber venido con mis tropas directamente, y tomar Kolya. Lo pensé, pero no lo hice. Eso habría significado cientos de miles de muertos, pero el hombre que yo quería atrapar habría tenido tiempo de huir. Sus naves aéreas le habrían llevado muy lejos. Se habría llevado consigo sus tesoros, sus mujeres, sus aduladores de la corte, y la persecución no habría terminado nunca, posiblemente.

»Por eso recurrí al engaño, que es lícito en la guerra. Tu padre estaba demasiado engreído, se creía un dios, y pensó que otorgándome el favor real y el mando del ejército, me conformaría.

»¡Pobre iluso! ¡Era demasiado egoísta para ser malvado del todo! Le cegó su propia soberbia y ahora está muerto, como yo quería.

»¿Qué ha ocurrido ahora? No me siento satisfecho aún. He asumido una gran responsabilidad. Debo cambiar todo lo que estaba mal. Hacer lo que no hizo tu padre, ni tu abuelo, ni nadie en Egor. Yo quiero que este pueblo sea feliz, que se respeten todos los seres entre sí, que haya leyes justas para todos, tribunales que escuchen al pobre y al rico y que impartan justicia igual para todos.

»Todo eso me he propuesto. Y no lo haré por lucro, ni por ambición, ni por egoísmo. Lo haré porque es mi deber. Y dentro de algunos años, todos me llamarán el verdadero libertador, el justiciero.

»¡Y no me importas tú, ni las mujeres sucias que han seguido a mis tropas por los campamentos, para beber «xank» y cantar canciones obscenas! ¡No me importa nada, ni nadie! Yo no tengo corazón, porque los verdugos de tu padre me lo arrancaron a latigazos.

«Ahora, vete, Karma. Has perdido tu condición de princesa. Puedes salir o entrar en el palacio, como quieras. Ve a ver cómo vivía el pueblo que gobernaba tu padre. Y si alguno de mis seguidores comete una injusticia, avísame. Yo lo remediaré.

«¡Márchate, no quiero verte! ¡Representas todavía lo que más odio en esta vida!

A grandes zancadas, Titan se dirigió a la puerta y gritó:

— ¡Echad a esta mujer de aquí! ¡No quiero verla!

Los «ulirios» penetraron en la cámara, agarraron a Karma de los brazos y se la llevaren casi arrastrando.

* * *

Miles de hogueras ardían en la noche. Era la fiesta de la ofrenda a Mon, y las tropas de Titan Brama, cumpliendo órdenes, transportaron rebaños enteros de reses, que fueron sacrificadas en las calles y asadas, como si la ciudad se hubiera convertido en un campamento militar.

Los carros eléctricos no cesaban de transportar «xank», en grandes tinajas. El pan se descargaba a sacos. La fruta había sido colocada en grandes mesas.

Todo aquel alimento procedía de las ciudades de Dartmik y Ormuz. Era el regalo de Titan Brama a sus tropas, al pueblo hambriento de Kolya, y la ofrenda a Mon por la victoria.

Titan había dispuesto que la orgía durase varios días. Pero que los tribunales de justicia no dejasen de actuar. Era preciso ajusticiar a los culpables, obtener dinero para pagar al ejército y dar de comer a los que necesitaban el alimento y jamás habían podido verse hartos.

El pueblo de Kolya se mezcló con la tropa. La orgía fue increíble, inmensa, y se extendió por toda la periferia de la ciudad, donde era mayor la miseria.

Y en las fortalezas, los aristócratas iban siendo juzgados y ahorcados, confiscadas sus mansiones y palacios, expoliadas sus riquezas, así como liberados sus esclavos, que iban a unirse a la tropa.

Días después, también en cumplimiento de las órdenes, se licenciaron muchos soldados, a los que se pagó todo el tiempo que llevaban de servicio, más los préstamos hechos a la causa. El que quiso

volvió a su pueblo o aldea, a reunirse con sus familiares, llevando consigo una pequeña fortuna en su zurrón. Otros, la mayoría, optaron por quedarse. El ejército iba a ser reestructurado; se hablaba de futuras campañas, en países lejanos, y como la mayoría eran jóvenes, hicieron propósito de retirarse años más tarde, cuando poseyeran una fortuna.

Todo se iba realizando paulatinamente, con orden y equidad.

El senado que iba a regir los destinos de Egor se estaba formando ya, entre los candidatos de las diversas ciudades de la nación. Titan había dispuesto que así se comunicara oficialmente, pero de esta cámara senatorial, que sería un organismo verdaderamente democrático, no podía formar parte ninguno de sus jefes y generales. Si alguno de éstos quería ser miembro de la cámara, debía renunciar a su cargo militar.

Y sólo Xando, el Pagador General, antiguo recaudador, consultó con Titan, para dejar la pagaduría y la administración del ejército, a fin de optar a un puesto en la cámara.

Por cierto, el prestigio de Xando era tal que ganó en las elecciones y después fue nombrado primer presidente del Senado, por aclamación.

Fue evidente que el pueblo no olvidaba el festín de la fiesta de Mon.

Mientras todo esto ocurría, tina mujer, que de pronto se había dado cuenta de serlo e incluso de tener un corazón femenino, trataba por todos los medios de permanecer siempre al lado de Titan Brama.

Era Makia, que renunció extrañamente a la jefatura de la Legión «Wima», para tomar el mando del prestigioso regimiento de la guardia de Titan, el más vistoso, elegante y equipado del ejército.

Esto obligaba a Makia a permanecer continuamente en palacio, y, por supuesto, a comer con Titan Brama frecuentemente. La verdad era que Makia había cambiado mucho desde los días del bosque de Daijan. Ahora vestía con suma elegancia y su uniforme de gala era auténticamente impresionante.

Además, Makia había elegido un palacete, próximo al templo de Mon, donde la servían más de veinte hombres y mujeres, a las que pagaba espléndidamente por su trabajo. Y, de vez en cuando, daba fiestas íntimas, con el único propósito de atraer a ellas a Titan Brama.

El continuo asedio de Makia hacia el jefe militar no pasaba inadvertido en palacio. Y Anac Komaec se lo hizo observar a Titan, un día que estaban en el despacho de la regencia.

—El jefe de tu regimiento de la guardia dio anoche una fiesta muy espectacular.

—¿Qué hizo? —preguntó Titan— ¿Bailó sin ropa para sus invitados?

—Tal vez fue así, en alguna de las habitaciones particulares del palacio que fue del gran duque Ostrix. Allí estaban Kamor, Grek, Drem y otros apuestos jefes.

—Temo que mis colaboradores no se den cuenta de que tratamos de destruir, precisamente lo que ellos quieren conservar. No me gusta todo eso. Tendremos que preparar nuevas campañas. ¿Qué te parece el país de Saarka?

—Está demasiado lejos para tus generales burgueses.

—¡Irán donde yo vaya!

—Sí, por supuesto. Lo que quería decirte es que Makia no hace todo lo que hace por los otros, sino por ti.

—¡Bah, hace mucho tiempo que Makia tiene el fusil apuntándome! No me preocupa. Prometí casarla con un rey. Algún día lo haré. Harán una magnífica pareja. Saarka es un reino.

—Sí, del que apenas tenemos noticias. Pero no creo que te sirva el truco. Makia quiere ser tu esposa.

—¡Makia es una...! —Titan se detuvo. Sonrió y añadió—: Gracias, a ella conquistamos Tlacan.

—Tú vales más que una ciudad, Titan. Los dioses me lo han dicho.

—¿Cuánto valgo? —preguntó Titan, por burlarse del otro.

—Tanto como el universo entero.

—¡Bah, tus dioses divagan!

—Ellos te han elegido para un destino inmenso. Y a mí, contigo.

—Pues ya puedes interrogar a tus dioses sobre las lejanas tierras del país de Saarka. Necesito saltar los mares por el aire, llegar hasta allí, y unir, aunque sea por un puente aéreo o submarino, Saarka con Egor.

»Es preciso que se vuelva al trabajo, que se construya, que se edifique y que mis tropas tengan equipos completos y modernos. Habrá distribución de la riqueza por medio del trabajo. Hay que terminar con la mendicidad, la pobreza, las castas...

—¡Ah, ah, Titan; ya empiezas a ser tú mismo!

En cuanto se hubo formado el Senado, Titan reclamó la cantidad de dinero más alta jamás pedida por ejército alguno en Egor, para crear lo que él llamó la conquista del mundo.

Pidió un esfuerzo industrial y técnico para reforzar su ejército. Exigió que se construyera una flota naval.

—¿Y de dónde vamos a sacar todos los hombres y mujeres que nos pides? —preguntó Xando.

—Hay tribus en el norte que viven del pastoreo y la agricultura.

Mis hombres irán a buscarlos. Egor se anexionará todo lo que podamos abarcar hacia el norte. Yo me cuidaré de saltar los mares, llegaré hasta Saarka, el legendario país de Okruma y el casi desconocido reino de Tanka... ¡Yo uniré todo el planeta bajo un solo pueblo!

Xando no podía negarse a los deseos de Titan Brama. El Senado era demasiado nuevo y reciente. La decisión fue aprobada por mayoría. Y Egor empezó a experimentar un cambio, saliendo de la oscuridad y el abandono de siglos, para entrar de lleno en una época de febril actividad.

Recurrieron a la casi olvidada técnica, surgieron los científicos y los técnicos de sus madrigueras, y pronto empezaron a verse nuevas fábricas.

El ejército de Titan Brama adquirió una nueva personalidad, un espíritu de disciplina eficaz. Formaron legiones de «ulirios», «gormios», «tlacanos» y «frevios», que se enrolaron para las conquistas del joven caudillo.

También se inició lo que tiempo atrás, no se sabía por qué causas, había sido abandonada: la ciencia de la astronáutica. Parecía ser, según informó un anciano sabio, que las primeras experiencias astronáuticas fueron abandonadas por una serie de fracasos o sabotajes. Pero los programas quedaron escritos.

—¡Quiero que se perfeccionen las naves del espacio! —exigió Titan.

Había hombres para todo. Y cuando se desempolvaron los viejos tratados, surgieron ideas y teorías que volvieron a ser estudiadas en los centros de investigación.

Por otra parte, Makia habló claramente una noche, en los jardines de palacio, a Titan Brama. Ella también era audaz y no quería perder más tiempo en sutilezas.

—¿Por qué me rechazas, Titan? No soy una mujer desdeñable. Te he servido bien. Te soy fiel y lo seré siempre. Tu deber es corresponder a mi amor.

—¿Sólo eso me pides, Makia?

—Te quiero, Titan.

—Yo, a ti, no.

Ella se mordió los labios. La franqueza de él la hirió como una puñalada.

—¿Todavía recuerdas el bosque de Daijan?

—No es eso. Entonces era yo tan miserable como tú. Digamos que deseo respetar la memoria de Wima.

—¡Pero ella ha muerto! ¿Por qué te obstinas en...?

—Prefiero más no hablar de esto. ¿Volvemos al salón?

—No, Titan. Creo que es mi última oportunidad contigo y deseo llegar a sus últimas consecuencias.

—Pierdes el tiempo.

Makia se abrazó a él, tratando de excitar sus sentidos. Recurrió a viejos y obscenos trucos, que sólo consiguieron irritar a Titan y obligarle a rechazarla violentamente.

—¡Basta, Makia; te has equivocado conmigo!

En su despecho, ella profirió:

—¡Ahora sé que es cierto el rumor que corre entre la gente! ¡En ti no hay más pasión que la sangre! ¡Eres incapaz de amar! ¡Estás pervertido! ¡Dicen que los cien latigazos del verdugo te arrebataron la virilidad!

La mano de Titan Brama abofeteó violentamente a Makia, en un arrebato de furia.

—¡Vete de aquí o te aplasto! ¡Fuera de mi vista o no respondo de mis actos! ¡Vete, condenada!

Makia, asustada, salió huyendo.

Aquella misma noche ingirió un poderoso veneno y puso fin a su vida, en un suntuoso baño de su palacete. Dejó una nota escrita, en la que decía: *¡Te odio, Titan Brama; te odio con toda la fuerza de mi alma!*

Titan, al enterarse de aquello por Anac Komaec, quien le trajo la nota, comentó:

—Ha hecho bien en apartarse de mí. La hubiese matado.

Leyó el escrito de Makia y luego lo rasgó en mil pedazos. Zanjó el asunto diciendo:

—El coronel Prook se hará cargo de mi guardia. Ahora, avisa a Ilo Kiski. Deseo hablar con él.

Anac salió. Ilo Kiski llegó media hora después.

—¿Qué quieres, Titan?

—Quiero que se organice todo inmediatamente para trasladar a Saarka un ejército de doscientos cincuenta mil hombres. ¿En cuánto tiempo puedes tenerlo preparado?

—¡Oh, Titan…! ¡Necesitaré seis meses, como mínimo!

—Hazlo en dos meses. Ni un día más. Si no lo haces tú, lo haré yo.

—Pero… ¿a qué viene tanta prisa? ¿Es por lo de Makia?

—¡Te prohíbo mencionar ese nombre en mi presencia, Ilo! —gritó Titan—. Y si no cumples mis órdenes a rajatabla, te convierto en soldado raso ahora mismo.

Ilo Kiski optó por asentir en todo. Pero, dos meses después, doscientos cincuenta mil hombres estaban dispuestos para la guerra.

Capítulo VI

LEGIONES INVENCIBLES

La nueva campaña tuvo ausente a Titan Brama durante cuatro años. En Egor, muchos habían creído que el caudillo exigiría continuos, envíos de tropas y dinero y que la nueva guerra sería onerosa para el nuevo estado democrático.

Se equivocaron todos. Titan Brama conquistó Saarka, Okruma y Tanka, además de las dos grandes islas de Gru y Ondra. Luego, hubo de sofocar, anegándola en sangre, una rebelión en Okruma, lo que consolidó definitivamente su dominio indiscutible en Egor, como se llamó desde entonces todo el planeta.

Y Titan Brama puso a disposición del Senado de Kolya una hacienda como jamás se había podido soñar. El número de ciudadanos del inmenso estado egorano se contó en dos mil millones de seres, que Titan aglutinó en una misma raza, un mismo pueblo y bajo un mismo gobierno.

Al final de la campaña, su ejército, contaba con diez millones de hombres, pero luego fue reducido a la mitad y, por último, a su cuarta parte. Las guarniciones de los más apartados rincones del planeta se bastaban sobradamente para mantener el orden y la ley.

Cuatro años y dos meses después de su partida, Titan Brama, generalísimo de todos los ejércitos, Señor Supremo de la Guerra, regresó a Kolya a descansar. Ya no quedaban tierras en Egor que conquistar.

Sin embargo, Anac Komaec, señalaba continuamente a las estrellas.

—Allá arriba está tu destino, Titan.

—Iremos, Anac. Ahora, deja descansar a tus diosecillos. Dales cama blanda y que duerman. La campaña ha sido larga y dura.

Fue apoteósico el recibimiento que la transformada Kolya hizo a su héroe. Millones de hombres, mujeres y niños invadieron las calles adornadas con guirnaldas y arcos de triunfo, para aclamar al héroe.

La ciudad había adquirido un desarrollo increíble durante aquel tiempo y todos estaban orgullosos de su evolución. Donde antes se alzaban casuchas viejas y malolientes, ahora se veían edificios impresionantes, modernos, majestuosos, creados por una técnica olvidada por capricho de una dinastía de reyes egoístas.

Titan, desde el carruaje que le llevó desde el aeropuerto hasta el viejo palacio real, pudo apreciar el inmenso cambio y felicitó al Presidente Xando, que viajaba a su lado.

—Veo, complacido, que no habéis perdido el tiempo, Xando.

—Pues no has visto todavía nada. Espera, espera a ver nuestras

fábricas de los alrededores.

—Algo me ha parecido ver desde el aire. Y todo es digno de elogio.

—Primero, la recepción. Es lo que te mereces. Luego, visitarás la zona industrial. Es mucho más grande que la ciudad. El progreso es notabilísimo.

Ante el palacio real, el Senado en pleno, con las más altas jerarquías públicas, científicas y técnicas, se hallaba reunido para dar la bienvenida a Titan Brama.

Tuvo que saludar, entre aclamaciones, estruendo de cañones en señal de saludo, suelta de pájaros exóticos y pasadas de los más rápidos aparatos voladores, a los cien miembros del Senado y a más de doscientos prohombres y promujeres de la ciudad.

Y entre aquella muchedumbre distinguida, cansado de rozar manos, Titan Brama vio a una mujer, cuya presencia le hizo dar un vuelco al corazón.

Se detuvo. Miró a la elegante mujer, se volvió, confusamente a Xando, quien pareció turbarse. Pero ella, con soltura, aclaró la situación.

—Sí, Señor Supremo, soy la ex princesa Karma. Me complace que me hayáis reconocido.

—¿Cuál es tu cargo, princesa? —preguntó Titan.

—Es consejera de cultura —dijo Xando—. Ganó el cargo en justa oposición.

—Lo ignoraba. Lo siento. No he debido sorprenderme.

Más de cien cámaras de televisión estaban pendientes en aquel momento del homenaje de recepción. Titan hubo de continuar saludando, hasta quedar casi extenuado.

Sin embargo, cuando al fin pudo estar solo en su aposento, mientras se cambiaba de ropa y era atendido por sus cuatro sirvientes, dijo a Anac:

—Deseo ver de nuevo a Karma… ¡a solas! Pero antes quiero un relato de cuanto ha hecho durante mi ausencia.

—Se lo pediré a Xando.

—¿Es que tú no lees el pensamiento a distancia? —le gritó Titan.

—Vengo extenuado del viaje. Necesito descansar. Xando me facilitará esos datos sin esfuerzo.

—Dile, pues, a Xando que venga.

Poco después, departiendo con el Presidente del Senado, Titan se enteraba de cuanto quería saber.

—La ex princesa Karma entró a trabajar en una empresa de aeronáutica. Pronto se hizo merecedora de un ascenso. Su cultura es extraordinaria. Es obvio, puesto que tuvo a los mejores maestros de

Egor.

»Así, en dos años llegó a la secretaría del Departamento del Aire. Es una apasionada del vuelo y obtuvo licencia de piloto civil. Por sus relevantes servicios, fue nombrada consejera aeronáutica del Senado. Luego, al surgir la necesidad de crear el Departamento de Cultura, pasó a ocupar el puesto, después de haberlo ganado oficialmente en oposición.

»No hay la menor queja de su departamento. Sustentamos la creencia de que su sangre real no influye para que colabore intensamente con la política del nuevo estado.

—Comparto tu opinión, Xando. ¿Se ha casado?

—No. Es insufriblemente seria, como buena estadista. Ni un escándalo, ni el más leve rumor siquiera sobre su vida privada.

—¿Dónde vive?

—Pues... aquí, con sus tres hermanas Usa, Odana y Vorana.

—¿Aquí, en palacio?

—Sí. Aquí nacieron. A tenor de lo dispuesto en el artículo 23, de la Constitución...

—¡Ya! —le atajó Titan secamente— Yo te sugerí esa ley. Y claro, ésta es su casa.

—Disponen de cuatro apartamentos privados, en la galería familiar. No se las podía echar, ¡compréndelo!

—¿Y sus otras hermanas?

—Dos se casaron. Otras se fueron a Dartmik. Es todo lo que queda de la familia real.

—¿Y dónde estuvieron, cuando yo vivía aquí? Entonces no habitaban en palacio.

—Estuvieron por ahí. Supongo que en albergues provisionales. Luego, reclamaron sus derechos y se les concedieron. ¿Qué podíamos hacer?

—No, es justo. Claro que todo el palacio no les pertenece. La ley también dice que disfrutarán del espacio suficiente.

—Resultan unas dependencias bastante cómodas. Pero bien es verdad que la ex princesa Karma es una funcionaria pública ejemplar.

Titan Brama acabó sonriendo.

—Gracias, Xando. Es cuanto deseaba saber. ¿Y qué opina sobre la muerte de su padre?

— No opina.

—¿Y de mí?

—Tampoco opina.

—¿Estás seguro?

—He tenido especial interés en averiguarlo, pero se ha limitado a

decir que ella no puede cambiar el curso de la historia. Es una ciudadana, con un deber que cumplir en la sociedad y este deber no es, precisamente, el de juzgar a nadie.

—Singular respuesta, ¿no te parece?

—Muy juiciosa.

—¿La defiendes o la proteges, Xando? Tú fuiste recaudador.

Ahora tocó el turno de sonreír el Presidente del Senado.

—Y tú, si no recuerdo mal, fuiste un proscrito en Daijan. Los tiempos son otros, Titan Brama. El Señor Supremo de la Guerra no puede tener sentimientos antiguos. Has creado un mundo como el que nadie había soñado.

—¡Ni siquiera Dathis XII! —exclamó Titan Brama— Por eso quiero hablar con la princesa Karma.

—Consejera de cultura Karma —rectificó Xando, porque tenía confianza para hacerlo.

—Está bien. Pregunta a la consejera de cultura si puede concederme el honor de una entrevista.

—Se sentirá muy honrada, Titan Brama.

* * *

Anac introdujo a una Karma que vestía de modo sobrio y discreto, con elegancia, peinada esmeradamente, sin joyas, adornos ni maquillaje. Era suficiente joven como para no tener que ocultar nada de su esbeltez.

Y, sin embargo, parecía una mujer distinta a la que Titan conociera años atrás.

—Señor —saludó ella, haciendo una leve reverencia.

—Acércate, Karma —dijo Titan amablemente—. Siéntate.

Entre ambos se interponía una mesa impresionante. Titan la envió desde Ukrama, por haber pertenecido al rey Xaltis, un individuo mucho más exuberante que Dathis XII, famoso por su magnificencia.

Ahora, el regio despacho de Xaltis pertenecía a la ciudad de Kolya.

Karma se sentó, muy erguida, mirando al hombre que decapitó a su padre.

—¿Qué queréis de mí, Señor Supremo?

—En primer lugar, dejemos a mi lado ese tratamiento. Me llamo Titan Brama y mi cargo es jefe del ejército de Egor.

Karma pareció titubear. Luego, preguntó:

—¿Es necesario esta entrevista?

—Sí, yo la estimo necesaria.

—Bien. Hable, general.

—Una pregunta, Karma. ¿Estás satisfecha de tu situación?

—Sí. La he conseguido por mis propios méritos.

—No lo niego. Sé que mereces el cargo que ocupas. Pero pienso que si la situación fuese la misma que antaño, no necesitarías ese cargo.

—¿Por qué no? Estaba preparada para ayudar a mi pueblo.

—¿A qué llamas ayuda, Karma?

—Prefiero más no contestar a eso. Os veo la intención, señor general. Me habéis hecho llamar para frotarme por el rostro vuestros aciertos.

—¡Cuidado, Karma; cuidado! Te he rogado dejar los tratamientos a un lado. No vamos a enjuiciar a nadie, sino a conversar.

—Preferiría no hacerlo —replicó Karma dignamente.

—Sí, entiendo. A pesar de todo, yo maté a tu padre.

—Si os sirve de consuelo, os diré que mi padre merecía lo que le ocurrió. No tenía derecho a gobernar como lo hacía. La historia habrá de reconocerlo. Pero también es cierto que los regidores reales no podían saber, al ordenar que os azotaran, la clase de metal indestructible con que estáis hecho.

—¿Es un elogio al vencedor? —preguntó Titan con sarcasmo.

—Es la pura verdad. Nadie ignora en Egor que tenéis el corazón de pedernal y que por vuestras venas corre plomo fundido.

—¿Quieres que te demuestre que eso es falso?

—Sé que sois muy capaz de abriros el pecho y mostrarme vuestro corazón. Ahorradme un desmayo. Soy sensible. Hablaba en lenguaje figurado; me habéis comprendido.

—Gracias. Te he comprendido. También sé que eres muy inteligente, enérgica y eficiente, y que escalas con facilidad los altos cargos estatales. ¿Hasta dónde piensas llegar?

—Hasta donde pueda y la ley me lo permita —contestó Karma serenamente.

Se miraron los dos con fijeza, pero sin desafío.

—Eso es lícito. Está en mi norma y me alegro. Yo no distingo entre hombre o mujer. He hecho fusilar a los cobardes de cualquier sexo y he condecorado del mismo modo.

—Todo el mundo sabe en Egor vuestro recto proceder, señor.

—¿Quieres dejar de llamarme señor?

—Lo siento. No puedo.

—Está bien, Karma. Sólo deseo hacerte una pregunta más. Imagina que, como el mago Komaec, puedes adivinar el porvenir. Yo no creo que eso sea posible, pero los hechos han demostrado, hasta ahora, que él tiene razón. Mi pregunta es: ¿Qué harías si tuvieras el mando supremo de Egor y fueses dueña de mi vida? La pregunta no puede ser

más sencilla.

— Yo no he jurado solemnemente degollar al que mató a mi padre.

—¿Qué me harías?

—Me habéis dicho que era sólo una pregunta.

—¡Responde, Karma! ¿Qué harías conmigo si yo estuviese bajo tu mando?

Karma no contestó.

—¿No quieres responder? ¿Todavía queda rencor en tu pecho? ¿Cuál es tu ambición suprema?

—Quisiera gobernar en Egor y demostrar que si tus métodos son mejores que los de mi padre, los míos serían mejor que los tuyos, Titan Brama.

Karma habló con gran sinceridad, empleando el estilo directo del lenguaje egorano, casi desafiando a su interlocutor.

—Yo no gobierno aquí —contestó Titan—. Pero si sólo quieres eso puedes conseguirlo fácilmente.

—¿Cómo? —preguntó ella.

—Cásate conmigo.

—¡Nunca! —replicó Karma, desde el fondo de su alma, a la vez que se ponía en pie.

—Déjame terminar, Karma —añadió Titan—. Muchas veces he pensado en ti y en tu familia. Mi odio bestial y salvaje arrastró por los suelos la realeza de Kolya. Destruí a tu padre y casi acabé con tu familia.

—¿Por qué no me ahorcaste a mí también? —gritó ella, ahora en pie, en tono retador.

—Sentí piedad de ti.

—¿Piedad tú? ¿Sabes lo que es eso?

—¡Tú no sabes que recibí cien latigazos sólo por verte! ¡No lo he dicho jamás a nadie! Yo llegué a Kolya y asistí al paso de la corte. Todo el mundo bajaba la cabeza. Pero yo te vi con el rabillo del ojo, y creí que eras la criatura más excelsa del universo. Y me quedé embobado mirándote, sin que tú, en tu altivez, te dignases dirigirme una mirada siquiera.

«¿Sabes lo que ha significado eso para mí?

—Sí. Fuiste azotado y te convertiste en fiera.

—¡Puedo doblegar tu orgullo, humillarte hasta hacer de ti una mujer despreciable por todos! ¡No me desafíes, Karma, que nadie ha podido vencerme!

—Lo sé. Pero no me casaré contigo. Sé que una mujer, que surgió contigo de la nada, se quitó la vida por ti. Y estoy segura de que millones de mujeres jóvenes y bonitas se sentirían orgullosas de ir

contigo ante la estatua de Mon.

»¡Yo, no! ¡Antes me mataría!

—Está bien, Karma. Vete —dijo, al fin, Titan Brama con un prolongado suspiro—. Te he ofrecido mi corazón, para reconciliarme contigo. Si la historia volviera a repetirse, mataría de nuevo a tu padre. De eso estoy seguro… ¡pero tú y tus hermanos moriríais con él!

»Ahora ya es tarde. Sigue tu vida. Llega hasta la cumbre. Ambiciona todo lo que quieras, aunque sea el mando de mi ejército. No te lo impediré. Pero si piensas luchar contra mí, ¡te venceré siempre!

—Mi ambición no llega hasta soñar imposibles. Pero creo que existen otros modos de vencer, sin necesidad de emplear las armas.

—Ten cuidado, Karma… ¡Ten mucho cuidado! Ya conoces mi debilidad. Pero no pretendas enfrentarte a mí… ¡Si tuviese que matarte, no sé lo que ocurriría!

Karma salió del despacho de Titan Brama con una terrible angustia en el pecho. La forma en que él pronunció sus últimas palabras no era una amenaza, sino algo infinitamente más terrible.

Aquella misma tarde, Titan Brama convocó una junta de generales, a la que asistieron todos sus hombres importantes, en número de más de mil, y les dijo:

—Quiero emprender la conquista de otros mundos que orbitan en el universo. Sé que el programa de investigación espacial está muy adelantado. Pronto vamos a disponer de naves cósmicas, con las que saltaremos a otros mundos.

«Buscaremos planetas habitados, dominaremos a sus habitantes y les haremos aceptar nuestras leyes y costumbres. Con su riqueza contribuirán a nuestro progreso y al de ellos mismos, porque realizaremos intercambios culturales y científicos.

«Quiero que Egor sea el centro del cosmos. Los sabios aseguran que hay infinidad de mundos con posibilidades de vida. Nosotros los visitaremos primero, en son de paz. Estableceremos relaciones de amistad. Pero si se niegan a respetar nuestras leyes, los obligaremos.

—¿Cuántas legiones necesitaremos? —preguntó Ilo Kiski.

—Cien, mil, un millón… ¡las que sean! —replicó Titan, con un ardor que sus generales conocían muy bien— Voy a pedir al Senado que construyan varios millares de grandes naves espaciales de guerra. Serán navíos que podrán llevar mil hombres cada uno. Cada cien de esas naves, formarán una legión… ¡Y las mandaréis uno de vosotros!

«Quiero el ejército más grande que hayan conocido los mundos del cosmos.

—Será necesario un gran cambio en nuestras fuerzas. Se precisarán

técnicos que dirijan las naves… —empezó a decir otro.

—Los tendremos. Tenéis que empezar a trabajar ahora mismo. No quiero perder ni un solo día. Todo el programa de construcción de naves espaciales estará dirigido desde el nuevo Departamento de Astronáutica, que dirigirá la consejera Karma, cuyo nombramiento hará hoy el Senado.

Anac Komaec, sentado cerca de Titan Brama, sonrió cínicamente, mirando a su amigo. Pero no dijo nada.

Capítulo VII

SALTO A LAS ESTRELLAS

Karma aceptó el nombramiento sin replicar. A la mañana siguiente, se instaló en el terreno donde se debía alzar el nuevo departamento, ahora desglosado del Departamento del Aire, donde ella había sido consejera superior.

Mucho se había trabajado ya en astronáutica, y no recientemente, sino en tiempos lejanos y olvidados. Pero la técnica había resucitado en Egor, gracias a la revolución de Titan Brama, y ya se trabajaba en muchos campos hasta hacía poco casi desconocidos.

Se habían creado grandes empresas y dado trabajo a millones de hombres y mujeres, y el avance realizado en cuatro años era increíble, tanto en el campo naval como aéreo. Las industrias crecían como hongos por todas partes. Los expedientes se aprobaban todos los días, porque se trabajaba al ritmo marcado por los tiempos.

Pese a que la astronáutica ya tenía cimientos firmes, Karma —que en esta ocasión se llevó consigo a sus tres hermanas, Vorana, Ilsa y Odana— quiso empezar de nuevo. Primero eligió el lugar donde iba a instalarse el enorme cosmódromo. Allí empezaron a trabajar los arquitectos. La sede de la astronáutica egorana tenía que ser algo impresionante.

Los astrónomos habían dicho que existían miles y miles de mundos habitados. Titan Brama añadió que pensaba conquistarlos todos y Egor sería el centro del universo. Karma quiso que el lugar de donde partirían las naves y donde se recibiría a los viajeros de otros mundos, fuese lo más grandioso hecho jamás en Egor.

Y no tuvo prisa. Primero se instaló en unos barracones prefabricados. Se señalaron los laboratorios, las factorías, las pistas magnéticas de despegue, *y* se reclutaron los mejores técnicos en todas partes.

Xando, el Presidente del Senado, había dicho a la consejera Karma:

—Titan Brama quiere lo mejor, lo más grande e impresionante. Y quiere que todo ello sea obra tuya... ¡No vas a poder realizarlo!

—¿No? —había replicado ella— ¡Ya lo veremos!

El programa señalado por Titan Brama era muy ambicioso y lo quería llevar a cabo a marchas forzadas. La única concesión que hizo fue:

—Las primeras naves de exploración, diez o doce, las quiero antes de que termine este año. No pido imposibles. Sé que puede hacerse. Si se necesitan manos, se traerán de Saarka, Okruma y Tanka. Si Kolya tiene que aumentar su población diez veces más, se hará.

»Pero esas primeras naves de exploración las necesito con urgencia. Luego, se irán construyendo las de guerra. Hay que poner más diseñadores a trabajar.

¡Trabajar y trabajar! Antes, todos aquellos seres habían vivido en la oscuridad y la miseria. Después, Titan Brama los ocupó en una guerra que duró cinco años. Ahora, la guerra iba a continuar en las instalaciones industriales.

Pero toda aquella inmensa transformación creó riqueza, bienestar, comodidad y alegría. La gente trabajaba por turnos. Se pagaban buenos salarios, se podía vivir bien.

Y nadie censuraba las exigencias del Señor Supremo de la Guerra, porque una conciencia de dominio universal se extendía ya por todo Egor. Y la capital federal, Kolya, crecía constantemente, creándose, a veces, problemas de alojamiento, que el Departamento de la Vivienda subsanaba construyendo enormes edificios de más de cien pisos y que enjambres de obreros levantaban en períodos increíblemente cortos.

Egor no era un mundo que hubiese salido de las cavernas. Su historia era antigua, disfrutaron de técnicas muy depuradas y avanzadas, pero casi todo se había perdido al caerse en la desidia de los monarcas administradores, los «behires», regidores y recaudadores. Con ellos se retrocedió a un período medieval, de opresión, de castas, de miseria y descontento social, cuya principal injusticia estuvo en el desproporcionado reparto de la riqueza cada vez más escasa.

La revolución de Titan Brama había cambiado todo aquello, removiendo el cieno más profundo y sacando al exterior todo lo útil que se conservaba del pasado. Había técnicos y hombres de ciencia. Pero se necesitaban más. Y se estimuló todo empeño de progreso, porque Titan Brama vació las arcas de los reyes y aristócratas y lo supo repartir equitativamente.

Gracias a que no se escatimaban esfuerzos ni dinero, a los pocos meses, el Departamento de Astronáutica realizó las primeras pruebas espaciales. Pero ya tenían más de ochenta naves en construcción. Si el prototipo fallaba, todo aquel esfuerzo se habría perdido.

Karma, empero, estaba segura de que no fallaría. Los científicos que trabajaban con ella habían estudiado en secreto, durante años, toda la problemática de los vuelos espaciales.

A la primera prueba asistió Titan Brama, quien no pareció admirarse de cuanto vio hecho en el cosmódromo, debido a que estaba perfectamente informado.

Karma salió a recibirle y le acompañó hasta el puesto de observación, donde había un tablero de control, para que fuese Titan Brama quien hiciera el disparo de la nave plateada que se apoyaba en

la rampa magnética.

—Sólo tienes que apretar ese botón y la «Victor-I» será lanzada al espacio —explicó Karma, tratando a Titan Brama como si fuese un igual.

—¿Está tripulada?

—No. Será dirigida por control remoto. La prueba con tripulación la haremos la semana próxima. Estamos preparando a los hombres.

Titan miró a Karma, sonrió y luego se acercó a presionar el botón que le indicó un ingeniero.

No hubo ruido, ni pareció ocurrir nada. Pero, en su rampa, la cosmonave se agitó, vibró y empezó a deslizarse, alcanzando una terrorífica velocidad a los pocos segundos. Y, como un dardo gigante y plateado, se remontó al cielo, donde desapareció en unos instantes.

—¿Dónde está ahora? —preguntó Titan Brama.

—Camino de las estrellas, a una velocidad muy superior a la de la luz.

—¿Y no se desintegra? —quiso saber Titan.

Karma sacudió negativamente la cabeza.

—No. Fuera de nuestra atmósfera existe el vacío. Aprovechamos el magnetismo universal para propulsar los reactores fotónicos. La velocidad no se siente en el vacío, y si fueran hombres en esa nave, se encontrarían tan cómodamente como nosotros aquí.

»Hemos trabajado a prisa, pero no hemos descubierto nada nuevo. En el pasado, según el profesor Kiek, ya se hicieron viajes espaciales secretos.

—¿Aquí, en Egor?

—Bueno, en Saarka —contestó Karma.

—¿A dónde fueron?

—Visitaron los planetas de nuestro sistema. Descubrieron mundos desiertos, muertos, donde no existe el aire ni el agua.

Titan se volvió al mago Komaec.

—¿Qué dices a eso, Anac?

—La Consejera de Astronáutica se está refiriendo a los planetas más próximos a nosotros. Son catorce en total. Y yo diría que forman una especie de reserva natural de Egor.

—¿Reserva natural?

—Exactamente. Nosotros podemos poblarlos cuando se nos antoje. Podemos establecer en ellos grandes campamentos militares colonias agrícolas, extraer agua del subsuelo helado, crear una atmósfera que al principio será artificial y reducida pero que luego será densa dilatada de acuerdo con nuestras necesidades.

—No te entiendo Anac. Esos planetas deben estar muertos.

—¡Ah, no! Nada hay muerto ni vivo en el cosmos. La vida no ha nacido, porque el ambiente no era propicio. Pero si nos conviene, ¿por qué no podemos habitarlos?

—El mago Komaec tiene razón —intervino Karma—. Esos planetas, Urkus, Plasto, Agenor, Markriga, etc., pueden ser colonizados. Tengo varios astrónomos aquí que hasta tienen proyectos, muy interesantes, para hacerlos habitables.

Titan Brama no pudo contener su impaciencia y exclamó:

—¡Yo quiero planetas habitados, como Egor, para llevar a ellos nuestras legiones!

—También los hay —replicó Anac Komaec—. Sólo hay que encontrarlos. Ir a ellos, descubrir sus pueblos y ciudades y conquistarlos.

—¿Dónde están?

—Mucho más lejos... Rodeando a las estrellas, en el infinito —dijo el mago.

—Precisamente, por eso hemos construido las astronaves fotónicas, cuya aceleración continuada reduce las considerables distancias cosmológicas a simples vuelos de crucero —habló Karma—. Uno de nuestros objetivos más próximos es Zaetan, situada a diez «verst» de aquí.

—¿«Verst»? —inquirió Titan —¿Qué es eso?

—La vuelta completa de Makriga alrededor del sol, multiplicada por un millón.

Titan sacudió la cabeza.

—No entiendo esa medida. No me cabe en la cabeza. ¿Cuántos metros son?

—Para expresarlo en metros, la cifra tendría más de cien ceros, Titan.

—¿Eh?

—Pero no te preocupes. Las naves pueden recorrerla en pocos meses —aclaró Karma, sonriendo—. Y construiremos motores biomagnéticos, de aceleración macrocósmica. Sólo tienes que darnos tiempo.

—¿Qué noticias se tienen de mundos habitados?

—Zaetan tiene que estar habitado —dijo Karma—. Se han recibido señales de radio procedentes de allí.

* * *

Zaetan se convirtió en una pesadilla para Titan Brama. En los días que siguieron, se rodeó de astrónomos y hombres de ciencia, para adquirir conocimientos que no tenía acerca del universo y la

pluralidad de los mundos habitados. Casi siempre, en palacio, se le veía rodeado de grandes científicos, quienes se complacían en explicar al Señor Supremo de la guerra todo lo relacionado con el cielo, las estrellas, las galaxias y la extensión infinita del universo.

En el terreno de la magia, Anac Komaec, el hombre que hizo el peor negocio de su vida al aliarse con Titan Brama, porque nunca tenía un mísero «xacno» en sus bolsillos, también explicaba a Titan Brama misterios metafísicos.

El hombre más importante de Egor, el general en jefe de las Fuerzas Armadas, no ocultaba haber sido un molinero, de escasos estudios y mucha fantasía. No haber podido estudiar era un defecto muy general en Egor. Las decadentes monarquías habían sido enemigas del progreso, y si alguien estudió fue en secreto, contra la ley, corriendo grandes riesgos.

Ahora, empero, Titan sabía recompensar a los estudiosos y a los pocos sabios que conservaron los conocimientos. No había hombre que viniera a palacio, a explicarle los secretos de la astronomía, que no recibiera inmediatamente ayuda para crear escuelas y centros de enseñanza.

Precisamente por esto, Anac Komaec tuvo que intervenir.

—Cuidado, Titan. Ayudas a los científicos, pero no todos lo son. Harmel es un charlatán. ¿Qué crees que hará en Frevi?

—Creará una escuela.

—¿De charlatanes? Ese hombre es un embaucador.

—Es posible. Enseñará a sus discípulos a embaucar. Todo es útil, Anac. Él me ha hablado de la materia. Dice que, con medios, hasta transformará el hierro en metales raros y preciosos, por eliminación de átomos. ¿Y yo qué sé de esas cosas? ¿Las sabes tú?

—Bueno, yo no lo conozco todo. Pero Harmel es el parlanchín más codicioso de cuantos he conocido. Y no has debido asignarle una escuela.

—Tampoco debí acogerte a ti como mi mejor amigo. Y ya ves. Te llevo siempre pegado a mis faldones, aunque no sirves para la guerra.

—¡Soy tu mago! ¡De no haber sido por mí, no estarías dónde estás!

—¡Quisiera estar seguro, de eso, Anac! Lo que pasa es que te he tomado afecto y no puedo pasar sin ti. Pero yo habría conquistado Egor sin tu ayuda.

—¡No digas eso jamás! ¡Es una blasfemia! —gritó Anac, empezando a perder la paciencia.

—No te enfades. Tus diosecillos te castigarán si pierdes tan importante influencia. Además, ya sé que tu magia es pura sugestión… ¿Por qué no dejar que Harmel juegue con sus metales? ¿Y si por

casualidad su escuela descubre un genio?

Anac estaba acostumbrado a las excentricidades de Titan. Y por eso claudicó.

—Es que me enoja que te engañen —declaró.

—A mí no me engaña nadie, Anac. Harmel creará una escuela. Recibirá una buena asignación para estudios. Y si se lo gasta todo, sin obtener éxito alguno, es igual. Esos hombres estudiarán, pasarán el tiempo haciendo pruebas extrañas. En un trabajo. No todos han de ser soldados. ¿Me entiendes?

«Piensa en los hombres que estaban viviendo en las selvas, como animales. Ahora, tendrán viviendas decentes, gozarán de prestigio, disfrutarán de alimentos, higiene, cultura. ¿No han mejorado, aunque lo que estudian no sirva para nada?

—Bueno, visto así…

—¿Para qué crees que hago yo la guerra a mundos que ni siquiera sé si existen? Necesitamos emplear gente en lo que sea, aunque tengamos que levantar y promulgar una ley para luego derribarlos y hacerlos mejores.

»Ése es mi punto de vista. No importa lo que se haga. Lo importante es que se haga algo, aunque no sirva para nada. En realidad, la riqueza que se pierde no existe. Somos nosotros, todos, los que hemos dado valor al «ancox». Es nuestra moneda. Con ella pagamos el trabajo, que es lo más digno que existe. El hambre y la injusticia no pueden pagarse. Nosotros pretendemos desterrar esos defectos de Egor, y si hemos de fabricar «xacnos» de papel, los haremos también.

«Escuelas, Anac, aunque sean de magia.

Anac Komaec se sorprendía cada vez que lograba descubrir aquellas facetas insólitas en Titan Brama. Y se maravillaba de la profundidad filosófica de un joven campesino. Era entonces cuando pensaba si él, que se creía muy superior a Titan Brama, no era un simple instrumento del destino, puesto al servicio de una gran causa.

Y se sentía orgulloso de servir a un guerrero tan genial.

* * *

El profesor Kiek era un hombre muy viejo, arrugado, con ojos hundidos, de brillo inteligente. Karma confiaba en él. Titan quiso conocerle mejor y le invitó a visitar el palacio.

Hablando de otros mundos, Kiek dijo:

—Yo sé que Zaetan está habitado por una raza antropomorfa, similar a la nuestra.

—¿Cómo lo sabes, Kiek?

—Estuve allí.

Titan no aparentó sorpresa.

—¿Cuando?

—Hace mucho tiempo... cuando mandaba aquí el padre de Dathis XII.

—¿Ignoras que está prohibido mencionar ese nombre?

—Disculpa, Titan Brama —replicó el sabio—. Ese rey existió. La historia se habrá de escribir. Tú no puedes hacer que desaparezca por completo algo que fue real. Pero estábamos hablando de mi viaje a Zaetan. No te puedo asegurar si fui hipnotizado, sugestionado o qué. Tampoco puedo decirte cómo fui. Yo paseaba por el campo, me tendí bajo un árbol y...

»Bueno, vinieron dos hombres vestidos de oscuro, de pies a cabeza. No hablaban nuestra lengua, pero llevaban un objeto en las manos que ayudaba a transmitir sus ideas.

»Y, hablando de Egor y de su mundo, del que decían venir, me invitaron a visitar Zaetan. Fuimos. Vi un mundo muy bonito, cubierto de mares inmensos, grandes islas y populosas ciudades, llenas de gente alegre, que trabajaba en enormes fábricas.

—¿Y quién manda en Zaetan, lo sabes?

—Sí, me lo explicaron aquellos seres. No manda ninguno de ellos.

—¿No?

—No. Se rigen por unas leyes que todos respetan instintivamente.

—¿Cómo es eso?

—Yo no lo entiendo —manifestó Kiek—. Pero me dio la sensación de que se comportaban como las hormigas, pero sin reina. Allí, cada uno tiene una misión que cumplir. La cumple y nada más.

—Muy singular, sin duda. Y los hombres que te acompañaban, ¿tenían la misión de hacer eso?

—Eran estudiosos. Al final, me devolvieron a Egor y me dijeron que no les convenía tratar con nosotros, porque no estábamos civilizados.

—¡Vaya! ¿Qué quisieron decir?

—Sencillamente, que tratando con nosotros, podrían perder más que ganar, y que preferían quedarse en su mundo y no volver más al nuestro.

»Es lógico. Ellos vieron que nosotros teníamos sin mundo extraño y desigual. Supieron que los verdugos castigaban y mataban a la gente. Y les extrañó mucho esa crueldad. Dijeron que si habiendo leyes alguien no las respetaba era porque estaban enfermos. Y que se les debía curar, no castigar.

—Escucha, Kiek, ¿qué crees que ocurrirá si vamos nosotros a

Zaetan?

—No nos dejarán estar con ellos. Nos expulsarán.

—¿Cómo?

—Se movilizarán todos contra nosotros. Y te aseguro que son gente que poseen grandes conocimientos técnicos e industriales.

—Nosotros también. O somos iguales que ellos, o los aplastaremos.

—Están en relaciones con otros muchos mundos habitados, semejantes al suyo… Son trillones de seres que viven en paz y trabajan para cubrir sus necesidades.

Capítulo VIII

TITAN, TANIT, TITAN, EL AMO

La expedición del general Kamor a Zaetan, más que un fracaso, fue un desastre. No regresó ninguna de las cien naves cósmicas enviadas. Tampoco se tuvieron noticias durante meses, después de su partida, que fue gloriosa e inolvidable en Egor, hasta que, un día, casi un año después, cuando ya Titan preparaba diez mil naves para seguir los pasos de su general, unos campesinos encontraron a Kamor, ataviado con extrañas ropas azules, vagando por los sembrados.

Kamor parecía aturdido, balbuceante, como si algo hubiese trastornado su cerebro. Sin embargo, acertó a decir que debía ser llevado a Kolya, a presencia de Titan Brama. Así lo hicieron los campesinos y la llegada de Kamor al palacio de Kolya causó una impresión tremenda.

Fue reconocido por la guardia y llevado inmediatamente a presencia de Titan, quien la abrazó, emocionado, casi llorando de alegría.

—¡Kamor, amigo mío! ¿Qué te ha sucedido?

El antiguo revolucionario apenas si podía articular las palabras. Su relato fue tan incoherente que nadie le comprendió.

—No llegamos... Estuve en un rayo de sol, flotando... Muchos días... Estaban a mi lado, con objetos en sus manos blancas y largas. Me preguntaron...

—¿Y tu legión espacial, Kamor?

—No llegamos... No sé lo que ocurrió... No puedes ir allí, Tanit... ¡Nadie de aquí puede ir allí!

—¿Quién es Tanit? —preguntó Titan.

—No sé lo que digo... Las naves desaparecieron una tras otra... Estaban allí y un momento después ya no estaban... El rayo de sol me sostenía en el aire... Una mujer me miraba... Tenía una especie de flor metálica en la mano... Ojos muy grandes... Fue ella la que me dijo que volvería yo solo... No necesitan naves para viajar por el espacio... La luz transporta... Se llama Mktoa o Mokta, algo así... Parece una mujer de Tanka... ¿Te acuerdas de las mujeres de Tanka, Titan?

Anac Komaec, que estaba presente, tiró del brazo de Titan y le separó de donde estaba Kamor, diciendo en voz baja:

—Tiene la mente confundida, Titan. Es evidente que nos lo han devuelto para que tomemos ejemplo. Has perdido cien naves y cien mil hombres. Debieron capturarlos a todos.

—¿Cómo?

—No lo sé. Por algún procedimiento que ignoramos. Pero debes

aceptar la lección. Si vas a Zaetan, puede ocurrirte igual.

Titan estaba muy preocupado. Hizo que se llevasen a Kamor y que le atendieran en un hospital. Después, llamó por radiovisión al profesor Kiek.

—Escucha, Kiek. Parece que la legión de Kamor fue capturada en Zaetan. Nos han devuelto a su jefe en deplorables condiciones.

—¡Te lo advertí, Titan!

—Kamor tiene la mente confundida y dice cosas extrañas.

—Sí, incomprensibles —añadió Kiek—. Es la forma de hablar de los zaetanos. Pero entre sus palabras habrá dicho la verdad. Habrá algo que te haya llamado la atención.

—Sí. Kamor conoce mi nombre. Y sin embargo, lo ha pronunciado de tres modos distintos.

—¿Qué ha dicho?

—Tanit y Tinat.

El semblante de Kiek se demudó, retrocedió unos pasos, haciéndose confusa su imagen, pero luego se situó en foco y muy grave, dijo:

—En Zaetan hablan con estilo nominal, sin verbos. Las modificaciones de un nombre significan estados definitivos del ser u objeto a que se refiere… Es complicado, Titan.

—Pero ¿qué significa?

—Significa que si tú eres Titan y ellos te llaman Tanit, tu muerte está señalada. La repetición indica que es inmediata, y debes prepararte.

—¿Prepararme para morir? —exclamó Titan, furioso.

—Sí. Y te han enviado a Kamor para que te lo haga saber. Te consideran un peligro importante y su deber es eliminarte. Yo de ti me escondería donde nadie pudiera encontrarme…

Titan, con un gesto de soberana furia, cerró la comunicación. Su rostro era un exponente completo de la ira más terrible, al enfrentarse al confundido Anac.

—¿Qué dices tú a esto?

—No sé qué decir.

—¿Y tus dioses?

—Tampoco me dicen nada. Creo que es una situación sumamente delicada. Temo haberme equivocado. Te confieso que nunca estoy seguro de lo que dicen los dioses.

Titan soltó una tremenda carcajada, yendo a sentarse en una amplia butaca. Allí estuvo riendo durante un rato, ante el estupor de todos los presentes, que no sabían qué hacer ni qué decir, hasta que, de repente, dejó de reír y miró con fijeza a Anac Komaec.

—¡Harmel! —exclamó Titan.
—¿El alquimista? —preguntó Anac, sorprendido.
—Sí. Él me habló de la deshidrogenación.
—¿Qué demonios es eso?
—¡Llama a Harmel inmediatamente!

* * *

—El hidrógeno es la materia universal por excelencia —habló el alquimista, al que Anac Komaec había llamado, poco tiempo atrás, un charlatán—. Se encuentra en todas partes, incluso en el vacío. Lo contienen todos los demás elementos. Y la deshidrogenación es, sencillamente, el método para desequilibrar la conexión entre neutrón y electrón. Las consecuencias de ello son catastróficas. Si realizamos aquí o en cualquier parte esa prueba, todo el sistema solar desaparecerá en una fragorosa explosión.

—¿Qué es lo que ocurre y cómo puede hacerse?

Harmel palideció.

—¡No se puede hacer! Es lo más sencillo de mi ciencia. Se utiliza un disociador atómico y la reacción en cadena es inmediata y terrible. En unos segundos hemos desaparecido todos de Egor, envueltos en la más terrible explosión de la historia. Es preferible realizar la disociación de cualquier otro elemento más complicado y que no esté tan disperso. Aún así, el estallido será colosal.

—¿Qué le ocurrirá a los otros planetas del cosmos? —preguntó Titan.

—Depende de la distancia a que estén situados. El vacío sideral es como una barrera de protección. Allí, el hidrógeno es más escaso y puede que, a muchos «verst» de altura no ocurra nada.

—¿Qué te propones, Titan? —preguntó Ilo Kiski, que se encontraba presente en la reunión.

—Os lo voy a decir. Quiero destruir Zaetan, arrasarlo, convertirlo en cenizas. Me han amenazado de muerte y no quiero darles opción a que cumplan su amenaza. ¡Yo pegaré primero y no les daré tiempo a que se repongan!

—¿Quieres destruir Zaetan? —se sorprendió Harmel.

—Ni más ni menos.

—Bueno… Tal vez pueda ser… No creo que los efectos del estallido lleguen hasta nosotros —comentó Harmel, empezando a dudar.

Se enfrascó luego en una serie de cálculos, que el mago Anac siguió con interés, mientras Titan y los generales que estaban con él esbozaban un plan de represalia.

—Si Harmel nos proporciona esa superbomba, enviaremos una

nave teledirigida en una órbita tangencial hipermagnética —dijo Titan—. Sé que dará resultado. Mi intuición no me falla. Si tratan de interceptar la nave, será igual. Nosotros la haremos estallar cuando nos convenga... ¡Incluso podemos enviarla hacia el sol de Zaetan, así no podrán detectarla!

Nadie replicó. Lo que Titan proponía era impresionante. Nadie sabía aún si era posible o no, ¡pero el Señor Supremo de la guerra estaba proponiendo aniquilar, ni más ni menos, que todo un sistema planetario, con su astro solar incluido!

Los argumentos de Titan Brama, por otra parte eran convincentes:

—Nosotros enviamos allí una legión de cien llaves... En su soberana insolencia, esa raza no sólo ha destruido toda nuestra flota, sino que nos han devuelto a su jefe, el general Kamor, completamente desquiciado. Y si el profesor Kiek no se equivoca, el mensaje que nos ha traído Kamor indica que desean mi muerte.

»Y no importo y lo sabéis, porque muchas veces me he mezclado en el combate con mis hombres, codo a codo, para luchar por la victoria. Conocía las armas y el peligro. Si mis soldados morían, yo también podía morir.

»Esto es distinto. Los zaetanos han destruido cien mil hombres y mil naves de gran precio. Yo puedo destruirlos a ellos. Cada uno emplea las armas de que dispone. Y si Harmel me proporciona esa bomba infernal, la lanzaré sobre Zaetan.

Harmel terminó sus cálculos y se acercó a Titan.

—Te daré el disociador molecular y podrás utilizar la deshidrogenación en mundos situados a más de un «verst» de nosotros.

Una amplia sonrisa distendió el semblante de Titan Brama.

—¿Lo veis? —exclamó, satisfecho.

—Pero debo decirte algo, Señor Supremo —añadió Harmel—. Lo que te propones hacer es algo inhumanamente monstruoso, un colosal genocidio, de cuyas consecuencias tú sólo serás responsable. Me inhibo totalmente de tus actos.

—De acuerdo, Harmel. Tú me proporcionas lo que has dicho y yo se lo lanzo a los zaetanos. Si se han propuesto matarme, que se den prisa.

* * *

Karma y el Departamento de Astronáutica facilitaron a Titan Brama una pantalla, recientemente construida, de observación astronómica y de proyección radical, capaz de sondear el espacio y llegar hasta los más lejanos confines.

La instalaron los tónicos en dos días de intenso trabajo. Karma

explicó su funcionamiento:

—Con esto podrás ver todo lo que ocurre en el cosmos. El equipo de registro y rastreo situará el foco en el lugar que gustes. La potencia radial es infinita y, gracias a ello, vas a poder contemplar lejanos mundos, como si estuviesen situados en una nave, sobre el planeta que te interesa observar.

—¿Zaetan? —preguntó Titan.

—Por eso te lo hemos traído. Desde aquí vas a poder presenciar la destrucción de ese mundo desconocido y extraño, poblado por millones de seres como nosotros.

—¿Lo has visto tú?

—Sí —afirmó ella.

—¿Cómo es?

— Un gran mundo, supercivilizado, sin ejércitos, pero con técnica suficiente para causamos graves problemas. No debimos enviar al general Kamor sin antes haber tenido este instrumento.

»Desde luego, hemos visto sus ciudades, que son enormes. Los hemos podido ver en su trabajo, en sus viviendas, en su vida social... ¡Y son gente admirable! Sin embargo, no comprendemos su lenguaje. Kiek afirma haber estado allí en sueños.

— Escucha, Karma. No hagas caso al profesor Kiek. Yo quiero una nave ultrarrápida, dispuesta para cuando el profesor Harmel tenga preparada su «arma», que será pronto. Esa nave no irá tripulada, sino que la controlaremos por radio desde aquí. Y deseo presenciar lo que ocurre cuando reciban mi «regalo».

Karma no podía negarse a los deseos del Señor Supremo. No era más que una Consejera del departamento, a las órdenes del Senado.

Por esto hizo lo que le mandaron, sin preguntar, aunque pudiera sospechar cuál era el propósito de Titan Brama. Y, dos semanas más tarde, con gran lujo de precauciones el profesor Harmel envió, desde Frevi, un objeto encerrado en una caja metálica, provisto de diminutos aparatos.

Secretamente, «aquello» fue introducido en una nave espacial que esperaba desde varios días.

En cuanto terminaron los técnicos de preparar el envío de Harmel, como si no quisiera tener en Egor tan peligroso objeto, Titan Brama dio orden de lanzar la nave al espacio.

Karma cumplió lo dispuesto fielmente, aunque su mano temblaba al presionar el conmutador que disparaba la nave, la cual salió de su rampa para perderse en el espacio en fracciones de segundo.

Mientras tanto, Titan Brama, que había pasado días enteros sin moverse de la pantalla telescópica, hurgando en los secretos de

Zaetan, y que conocía ya las costumbres de aquella gente extraordinaria, de mujeres esbeltas y hombres atléticos, deportistas y gimnastas, averiguaba que el mundo condenado no estaba solo y que los seres que iban a sufrir las consecuencias de la explosión apocalíptica sumaban muchos miles de millones.

Había ocho mundos habitados en el sistema planetario del que formaba parte Zaetan. La raza que los poblaba era la misma. Estos planetas giraban todos a distintas velocidades y distancias, en torno a un sol, brillante de características similares a las del sol de Egor.

Titan sabía ya, por los sabios que le visitaban, que muchos sistemas de aquellas características en el universo existían y que gran parte de ellos estaban habitados. Incluso se le había proporcionado un hemisferio celeste, con los mundos que se consideraban habitados... ¡Y su número era incalculable!

Titan Brama podía acabar con todos ellos, enviando naves cargadas con monstruos apocalípticos como los creados por Harmel. Pero sólo quería destruir uno: Zaetan.

Y esperó pacientemente a que la nave del apocalipsis estuviese cerca de su objetivo. Contó los días, las horas y hasta los minutos. Y, en los últimos instantes, mantuvo la mirada fija en la muda, pero nítida pantalla, donde se veía el gran disco azulado, cuyas enormes ciudades se había estudiado con tanto interés.

—Nadie puede ya evitar la hecatombe —musitó Anac Komaec, que estaba junto a Titan—. Esos mundos van a desaparecer en una inmensa y cegadora llamarada.

—¿Crees que corremos peligro delante de la pantalla? —preguntó Titan.

—No, por supuesto. Nosotros veremos luz fría. Pero no quisiera encontrarme allí dentro de... —Anac consultó un reloj atómico que había junto al tablero de instrumentos— ... ¡de medio minuto!

Las ciencias exactas en Egor eran extraordinarias ya. Pero los cálculos fallaron en tres segundos y medio. Faltaba este tiempo, cuando la pantalla empezó a iluminarse y la oscura coloración del cielo estrellado se hizo intensa, como si una gran ola de fuego blanco viniera del sol.

—¡Quiero ver lo que ocurre en la superficie! —gritó Titan por el altavoz, para que los técnicos acercasen la imagen al planeta condenado.

No fue posible. Una cegadora llamarada lo invadió todo y los observadores de la pantalla de proyección radial tuvieron que cerrar instintivamente los ojos.

El técnico jefe, encargado de aquella singular retransmisión, optó

por cortar los controles, por temor a que la intensa luz dañase el aparato.

Cuando poco después quisieron ver los efectos de la explosión cósmica, sólo pudieron captar como una inmensa lluvia de estrellas, dispersándose en el espacio, en todas direcciones, semejante a una gran cascada de fuegos de artificio.

¡La destrucción de todo el sistema del que formaba parte Zaetan se había consumado! ¡No fue posible, por mucho que se buscó, hallar ni un solo vestigio de vida!

— No lo esperaban —fue todo lo que dijo Titan Brama, a modo de oración, por los ocho mundos habitados en tomo a Zaetan.

Capítulo IX

VORÁGINE CÓSMICA

Las naves espaciales de guerra de Egor saltaron a los espacios infinitos. Las granadas atómicas arrasaron dilatadas superficies en mundos ignotos, doblegando a pueblos y razas que osaron desafiar el cada vez más inmenso poder de Titan Brama.

El ejemplo de Zaetan se repitió varias veces más. Hubo civilizaciones superiores que, antes de someterse a las legiones del espacio dirigidas por Titan Brama, optaron por la lucha. Naves extrañas se cruzaron en los espacios siderales con las egoranas, se entablaron increíbles y aterradoras batallas. Pero el genio diabólico del hombre que no conocía la derrota arrasó todo lo que se oponía a su ambición.

Hubo mundos que se sometieron dócilmente, porque estaban en unas condiciones técnicas inferiores. Con ellos, Titan Brama entabló relaciones, facilitando el progreso de sus técnicas, enviando embajadores y científicos, en misión de buena voluntad. Y tales mundos progresaron rápidamente, adquiriendo conocimientos que no tenían.

Otros, con fuerzas armadas, poderes, técnica avanzada, cultura y gran dominio de las ciencias, se aprestaron a la defensa. Las legiones de Titan Brama sufrieron serios quebrantos. Flotas enteras fueron diezmadas, aniquiladas o capturadas.

Titan Brama se reorganizaba, reclutaba más hombres, construía más naves. Y siempre terminaba venciendo.

Los «geveros», los «dracmos», los pequeños y diabólicos «uiwos». Nadie, pudo, al final, presumir de haber desafiado a Titan Brama y haberle vencido. Siempre, al final, se alzaba él con la victoria, aunque fuese dejando tras sí estelas de muerte, mundos desaparecidos, vacíos inquietantes en el cosmos.

Sus conquistas duraron muchos años. Tenía veinticuatro cuando dominó Egor y treinta y cinco cuando empezó a sentirse cansado de la lucha, de conocer mundos, razas extrañas, de viajar siempre a velocidades hiperlumínicas.

Había sido después de la destrucción de Zaetan, cuando en la nave capitana, se embarcó hacia Gaver, un mundo técnico superior, que había mantenido relaciones con los «zaetanos» y contra los que hubo de luchar en mundos desiertos, sin oxígeno, en condiciones inhumanas.

Allí perdió varios millones de hombres. Pero los «geveros» terminaren humillando la cerviz y acatando las exigencias del

vencedor, al que tuvieron que indemnizar tres veces el valor de lo perdido, en hombres y riqueza.

Todos tenían que aceptar, además, el dominio del Senado de Egor, donde se fueron creando puestos de relaciones extraplanetarias, para canalizar el río de hombres y riquezas que iban llegando después de las inmensas victorias del Señor Supremo de la Guerra.

El equipo bélico que llevaba consigo Titan Brama en los últimos días de sus luchas era impresionante. Jamás se había movido un ejército sideral como el suyo, compuesto por cientos de millones de hombres, ya casi mecanizados.

Para ello había sido preciso crear seis grandes subdivisiones, al mando de sus colaboradores más eficaces. Cada uno de aquellos mariscales mandaba tropas muy superiores a las que primero gobernó Titan, al conquistar Egor.

Pero sólo quedaba uno de sus antiguos amigos: Ilo Kiski. Los demás generales habían muerto ya. Ahora se rodeaba de hombres fieles, de diferentes razas.

Y el que nunca faltó a su lado, ebrio de conquistas, exultante y gozoso, por sentirse medio dueño del universo, era el mago Komaec, gracias al cual Titan Brama obtuvo extraordinarias victorias.

En medio de aquella vorágine cósmica, saltando de mundo en mundo, Titan Brama llegó a un planeta pequeño, maravilloso, tranquilo, cubierto de verdor, donde vivían seres muy primitivos.

Al orbitar sobre aquel sistema lejano, Titan pensó en tomarse un descanso. Ordenó que su ejército se quedase en otro mundo próximo, mucho más grande, que estaba rodeado por un enorme y maravilloso anillo, y él, con su nave capitana, se posó, una tarde, cerca de una arenosa playa.

La espectrométrica había indicado que se trataba de un planeta de gravedad idéntica a la de Egor, con oxígeno, nitrógeno e hidrógeno, y, por tanto, con atmósfera respirable.

En verdad, la Tierra, como se llamaba aquel mundo, era una especie de paraíso primitivo, cuajado de pájaros y animales salvajes, de los que tuvieron que protegerse, creando barreras magnéticas en torno a la nave, porque la curiosidad de aquellos animales era un peligro y algunos tripulantes fueron atacados.

Titan gozó allí, en la Tierra, de unas verdaderas vacaciones. Había ordenado que no se le molestase para nada. No quería saber absolutamente nada de su ejército, ni del Senado de Egor, ni de nadie.

—Necesito tranquilidad, paz y sosiego, Anac. ¡Es maravilloso este planeta! Y no tiene seres humanos. Parece un gran parque zoológico.

—Sería interesante poblarlo, Titan.

—¿Sugieres que dejemos aquí algunas parejas? ¡Ah, no; se las comerían los animales salvajes!

—Quiero decir dejarles convenientemente equipados, con armas y refugios. Dentro de algunos miles de años, se habrán reproducido y formarán una raza distinta a la nuestra.

—¿Por qué distinta, Anac?

—Este ambiente es distinto al nuestro.

—¿Y qué ventajas nos puede reportar eso a nosotros?

—A nosotros, ninguna —dijo Anac, mirando en torno suyo—, porque ya habremos muerto. Pero nuestra semilla habrá quedado aquí para las generaciones del futuro.

—¡Singular experiencia, Anac! Lástima que no podamos ver el resultado, dentro de mil años.

—Puedes contar que se habrán reproducido y formarán un verdadero pueblo. Aquí no les faltará el alimento, ni vegetal ni animal.

—No, desde luego que no. Bueno, si lo deseas, pregunta entre la tripulación si hay voluntarios para quedarse aquí. Se les podrá venir a recoger dentro de diez o veinte años.

Anac sonrió y se fue, mientras Titan se dirigía a la orilla del mar, donde rompían suavemente las olas en un mar transparente y tranquilo.

Allí estaba la paz que él deseaba, la quietud, el sosiego total y la calma. Pensó que un hombre podía vivir allí muchos años, en aquel clima primaveral y diáfano, sin tener que preocuparse de nada. Y hasta pensó en renunciar a todo cuanto era para elegir una mujer de su tripulación y quedarse allí. Le pareció lo más admirable de todo el universo.

Su sorpresa fue grande, horas después, cuando se reunió con Anac y sus jefes superiores, para la cena, y el mago, sacudiendo la cabeza, negativamente, dijo:

—¡Nadie quiere quedarse, Titan!

—¿Nadie?

—Todos poseen grandes cantidades de «xacnos». Quieren volver a Egor y vivir allí cómodamente de sus rentas.

—Comprendo. Es una lástima. Me habría gustado dejar aquí algunas parejas.

—Como no sea obligados... —apuntó un alto jefe.

—No, jamás haré eso con mis hombres. Olvídalo, Anac. La verdad es que a mí me habría gustado quedarme... ¡para siempre!

—¡Cielos, Titan; qué cosas dices! ¿Y qué habría hecho aquí el Señor Supremo de la Guerra, rodeado de animales salvajes?

* * *

Tres días después, una partida de exploración regresó con una asustada pareja de seres humanos, a juzgar por su aspecto. Se demostraba así que la Tierra no estaba habitada sólo por animales salvajes.

Titan, al enterarse, quiso que llevasen a los nativos a su presencia. Y su sorpresa fue grande al encontrase ante una mujer, de forma bastante esbelta, cabello largo y negro, medio desnuda, y de un hombre que iba vestido con pieles.

Aquellos dos individuos asustados se postraron ante Titan Brama, como si estuviesen ante un dios, pronunciando palabras guturales.

Fue Anac quien trajo la «rosa mental» de los «geveros» y que servía para captar y transmitir los pensamientos por medios de influjos electrónicos.

—¿Quiénes sois? —preguntó Titan, utilizando la «rosa».

Sorprendidos, al creer comprender las palabras de aquel impresionante dios, los nativos alzaron los cuerpos y quedaron de rodillas.

—Somos de la tribu de Masca.

—¿Cuántos sois?

Era evidente que no sabían contar. Las matemáticas no entraban en sus escasos conocimientos. Pero Titan pudo averiguar que existían otras tribus y que vivían en cavernas, que conocían el fuego, la caza y la pesca y que estaban en un mundo inmenso.

Titan sonrió al escuchar aquello. Sus hombres le informaron que habían sorprendido a la pareja en el lindero de la selva, cerca de un macizo montañoso, pero que no habían visto a nadie más.

—Habéis tenido suerte —dijo Titan, mirando a la mujer—. Os voy a llevar a mi mundo, para que conozcáis el lugar de donde procedemos. Queremos tener en Egor representantes de todas las razas del universo. Pero no haré sólo eso, sino que voy a dejar aquí un equipo técnico que os enseñarán todos nuestros conocimientos.

»No quiero que vuestra raza se pierda. Este mundo vuestro me gusta. Y aunque no puedo quedarme, haré que se queden otros, obligatoriamente, para que velen por vosotros.

—¿Iremos contigo al país de los dioses? —preguntó la mujer.

—Sí. ¿Cuál es tu nombre?

—Eda... Él es Xim, mi esposo.

—Bien, Eda y Xim. El mago Anac os enseñará nuestra nave. Y esos que no quieren quedarse aquí como voluntarios, Anac, tendrán que hacerlo. Quiero veinte hombres y veinte mujeres. Permanecerán aquí entre diez o veinte años, colaborando con los nativos, y continuarán

percibiendo sus pagas... ¡Es una orden, Anac; no me mires así!

Eda y Xim fueron alojados en una cabina. Les facilitaron ropas egoranas, les enseñaron a lavarse y a peinarse. Días después, Eda hasta resultó agradable, cuando aprendió a vestirse como las demás mujeres de la tripulación. Y hasta habló pronto algunas palabras del lenguaje egorano.

Resultó más inteligente Eda que Xim. Éste era asustadizo e impresionable. Todo cuanto veía le causaba estupor. Creía que los egoranos eran dioses superiores y tenía miedo que le matasen.

El descanso de Titan Brama en la Tierra, empero, terminó bruscamente, al recibirse un mensaje de extraordinaria importancia. Fue Ilo Kiski quien, desde el campamento situado en Saturno, tomó una nave para llevárselo personalmente a Titan, dado que los radiocontroles de éste habían quedado interceptados para que nadie pudiera molestarle.

Y Titan se sorprendió al ver llegar la nave de Ilo, a la que autorizó a tomar tierra.

Una vez en presencia de Titan, a solas ambos en la cabina de mando, Ilo Kiski dijo:

—Lo siento, Titan. Estaba segura de que te afectaría la noticia.

—¿De qué se trata? Ha de ser muy importante para que vengas a turbar mi reposo.

—Al menos, creo que lo es.

—Bien. Habla.

—Xando ha muerto. El Senado ha elegido a Karma como nuevo presidente.

Titan no se inmutó. Se limitó a decir:

—Hace tiempo que esperaba esa noticia. Karma iba detrás de eso.

—Hay más, Titan. Van a modificar la Constitución.

—También lo esperaba. No me sorprende...

—Y... lo último, Titan... ¡Has sido relevado del alto mando del ejército!

—¿He sido relevado del mando del ejército?

—Sí. Ésa es la orden. El ejército regresará a Kolya inmediatamente, donde será desmovilizado. Se ha iniciado la Era de la Paz —terminó Ilo Kiski, muy serio.

—¿La Era de la Paz? ¿Qué es eso?

—No lo sé. Interpreto que en Egor no quieren más guerras, ni que conquistemos más mundos. Deben suponer que ya tenemos más de lo que podemos gobernar.

Titan se quedó pensativo. Luego preguntó:

—¿Y tú qué opinas?

—No hace falta que me lo preguntes, Titan —replicó el otro—. Volveremos allí y el Senado se va a enterar de quién eres en verdad.

—¿Estás conmigo?

—¡Hasta la muerte, Titan!

—Bien, bien… —Titan se levantó y paseó por la amplia estancia durante unos minutos. Luego se detuvo—. He dado esa oportunidad a Karma. Quería saber lo que era capaz de hacer… Ha pasado mucho tiempo desde la última vez que la vi… Hubiese podido llamarla, hablar con ella per radiomagnetismo, pero consideré que no valía la pena.

»Le he brindado su oportunidad y ella ha sabido aprovecharla. Ignoro, no obstante, qué planes tiene. Llamaré a Anac.

—¡El mago está chiflado; no le hagas caso!

Sin embargo, en asunto de tanta transcendencia, Titan quiso llamar al hombre que siempre había estado a su lado. Lo hizo y Anac acudió rápidamente. Al enterarse de la noticia que traía Ilo, palideció hasta volverse blanco.

—¿Querrá esa insensata instaurar de nuevo el trono? —preguntó.

—¿Qué te dicen los dioses? —retrucó Titan.

—Lo siento… No me dicen nada hace tiempo. Debemos estar muy lejos de ellos. Creo que será mejor volver.

—Si volvemos, puede esperarnos alguna sorpresa.

—Eso me temo —intervino Ilo—. Karma no ha dado ese paso sin contar con algo positivo.

—¿Más positivo que doscientas mil naves de guerra? —preguntó Titan secamente— ¿Es que puede haber algo más positivo que eso?

—Sí —dijo Anac—. Cuatrocientas mil son el doble.

—¡En Egor no hay nadie capaz de dirigir un ejército así! ¿De dónde lo han sacado?

—¿De dónde has sacado tú el tuyo? —preguntó Anac—. Karma ha podido ponerse en contacto con algún remoto mundo. Dirigiendo el Departamento de Astronáutica, ha tenido muchas oportunidades.

—Está bien. Sólo hay un medio para salir de dudas. Voy a llamar a Karma.

* * *

En la cámara de radiocontrol, ante el impresionante mundo de las comunicaciones interespaciales, Titan Brama se sentó sobre el foco de luz magnética, siguiendo las instrucciones de los técnicos.

Anac, Ilo Kiski y algunos altos jefes, habían sido invitados a ver y escuchar la conversación entre Titan Brama y Karma. Como atención especial, aunque no se les pudo hacer comprender lo que significaba

aquello, se invitó también a Eda y Xim, los dos terrícolas. Titan quería que presenciaran el «milagro» de traer allí a Karma e ir él a Egor, sólo en imagen, naturalmente.

La comunicación se estableció, después de intensos preparativos. Karma, en persona, con notable nitidez, apareció en el foco radial, también sentada, como estaba Titan.

—Me han comunicado tu mensaje, Karma. Estaba descansando en un hermoso planeta y había ordenado que nadie me molestase. Ilo me ha traído tu deseo de que volvamos.

—No es un deseo, Titan. Es una orden. Ha cambiado la política de Egor.

—¿Por qué?

—Decisión del Senado.

—Del que tú eres Presidente.

—Exacto. Y hemos modificado la Constitución. He asumido plenos poderes. Por lo tanto, debes obedecer mis órdenes.

—¿De modo que estoy a tus órdenes?

—Sí.

Titan sonrió.

—¡Vaya, al fin lo conseguiste! ¿Debo felicitarte, Karma?

—No es necesario que te molestes. Tu deber es cumplir las órdenes. Regresarás con todas tus naves y te dirigirás a la llanura de Grexma. Ha sido habilitado aquel lugar para que tomen tierra tus naves. Allí serán desmovilizadas tus tropas. La guerra ha terminado. No queremos más conquistas.

—¿Y si me niego, Karma?

—No puedes hacerlo.

—¿No?

—No. Hemos contado con esa posibilidad y tomado las debidas precauciones.

—¿Qué precauciones son ésas?

—Lo sabrás a su debido tiempo. Sólo tienes el recurso de volver y aceptar el relevo.

—¿Y si me niego?

—Serás tratado como rebelde y condenado a muerte.

—Bueno, si eso es todo…

—Te hablo en serio, Titan Brama. He tomado todas las precauciones. Si te niegas a volver, tú y tú ejército seréis desintegrados en un instante. El único camino que te queda es volver, aterrizar en Egor y acatar mis órdenes.

—Vaya, vaya… He conquistado el cosmos y ahora resulta que todo ha pasado a tus hermosas manos. Te dije en una ocasión que tuvieses

cuidado conmigo. Soy un luchador y jamás me han vencido.

—Porque no te conocían. Pero yo te conozco bien. Y no te daré la orden dos veces. Vuelve y acata la decisión del Senado, o sacrificarás inútilmente a toda tu flota. No tengo nada más que decirte. Esta conversación ha terminado.

—¡No! —gritó Titan, poniéndose en pie— Tienes que escucharme.

Pero la imagen de Karma había desaparecido del foco radial. Titan volvió a dejarse caer en su asiento, donde permaneció abrumado y silencioso durante largo rato. Al fin, Ilo Kiski se acercó y le preguntó:

—¿Qué debemos hacer, Titan?

—Creo que debemos volver a Egor… Luego, veremos.

Capítulo X

ERA DE PAZ

A pesar de elegir los canales rápidos, donde la propulsión biomagnética y ultralumínica aceleraba la velocidad de las naves, Titan Brama y su ingente flota sideral tardaron más de un año en regresar a Egor.

Mucho antes de llegar, otra flota casi análoga les salió al encuentro. La mandaba un hombre, surgido de no se sabía dónde, llamado Vengu, que ni siquiera era egorano, quien se permitió la osadía de dar órdenes a Titan Brama, indicándole, además, cómo debía efectuarse la singladura, a partir de aquel momento.

Titan no le quiso hacer caso, pero Ilo Kiski, por su cuenta, dio la orden de obedecer a Vengu, puesto que traía órdenes del Senado de Kolya.

Aquellas instrucciones estaban encaminadas a que la flota de Vengu pudiera tener bajo control a la flota de Titan Brama.

Sin embargo, en todas las naves del Señor Supremo de la Guerra existía el convencimiento de que, si se entablaba una lucha, Vengu sería eliminado. Nadie podía tener la experiencia combativa de aquellas legiones veteranas en cien combates.

Cuando llegaron a Egor, en perfecto orden, las naves iniciaron el descenso sobre la enorme llanura de Grexma, mientras que los navíos de Vengu continuaban orbitando.

Titan Brama fue de los primeros en aterrizar. Nada más saltar a tierra, pidió un vehículo rápido para trasladarse al Senado. Sin embargo, le dijeron que debía esperar.

— La Presidente Karma le llamará, Titan Brama —le indicaron por radiocontrol.

Titan Brama, mordiéndose los puños de rabia, tuvo que esperar a que toda su flota estuviese en tierra. Se paseó de un lado a otro, como una fiera enjaulada, sin hacer caso a Ilo Kiski ni al mago Komaec, que pretendían sosegarle con sus palabras.

Titan había podido vislumbrar el gran cambio que se había producido en Egor durante su larga ausencia. Sólo fue un instante, pero vio que la ciudad de Kolya se perdía de vista en la distancia. Admiró los enormes rascacielos metálicos, no sólo de la capital del imperio, sino de otras lejanas ciudades.

Egor era un supermundo, pobladísimo, industrializado. Y todo ello se debía a las conquistas realizadas por él en lejanos planetas, según creía. Pronto, empero, iba a salir de su error.

Cuando al cabo de ocho días la última de sus naves de guerra hubo

tomado tierra, en un extraño vehículo volador, unos oficiales con uniforme desconocido vinieron a buscarle para conducirlo al Senado.

Kiski los llevó a presencia de Titan Brama. Los cuatro hombres saludaron de un modo extraño y rogaron a Titan:

—¿Tiene usted la bondad de acompañarme?

—Sí, por supuesto. ¿Vamos a ver al nuevo presidente del Senado de Egor?

—Egor ya no existe, señor. Esto es el centro de la Federación Universal de planetas.

—¡Vaya, vaya! ¿Desde cuándo nos hemos federado?

—Desde la firma del Convenio Universal.

—¿Cómo es que no se me ha comunicado?

Ninguno de los oficiales supo qué responderle.

Para ellos, Titan Brama no era más que una leyenda perdida en el tiempo. Y los tiempos eran muy distintos, al parecer, a como Titan Brama los dejó, diez años antes.

Acompañó a los oficiales hasta el «tremador», como se llamaba el aparato volante, que sin ruido, rápidamente y con comodidad, les dejó en una plataforma metálica, sobre un edificio inmenso.

Al sobrevolar Kolya, Titan preguntó:

—¿Qué población es ésta?

—Kolya, señor. Ha cambiado mucho, ¿verdad?

—¡Totalmente, diría yo! Y todo se ha hecho sin que yo lo supiera.

—¿No estaba usted enterado de estos cambios?

—No, en absoluto. Pero sé la causa. No se preocupen. Vamos a ver a Karma.

—El Presidente del Senado no permite familiaridades. Debe tener usted cuidado, señor —observó uno de los oficiales, cuando salían del «tremador», para situarse sobre una plataforma descendente, especie de ascensor que les conduciría al interior del edificio senatorial.

Titan Brama apenas se dio cuenta. En irnos instantes, se encontró en una gran sala, decorada de modo extraordinario, donde había numerosas personas, en su mayoría mujeres, vestidas con extrañas ropas y que le lanzaban miradas inquisitivas.

No tuvo que esperar. Parecían estar esperándole a él. Una mujer, a la que no reconoció, pese a ser hermana de Karma, le indicó que le siguiera. Los oficiales se quedaron atrás.

Cruzaron una amplia puerta y entraron en otro salón, al fondo del cual había otra gran puerta, custodiada por una guardia femenina.

—Por aquí, Titan Brama —le indicó Odana, con un gesto.

La guardia saludó al pasar él. Nada más cruzar el umbral se encontró en un maravilloso despacho, inundado de luz natural,

adornado con refinado gusto, ultramoderno y funcional. Y, en el centro se encontraba Karma, vestida con unas ropas como Titan Brama no había podido soñar siquiera. La majestad de su figura había tomado un singular realce. El paso de los últimos diez años no hicieron más que acentuar su extraordinaria belleza.

—Bienvenido a Kolya, Titan Brama —habló Karma sin moverse—. ¿Quieres sentarte?

—Lo haré. Sospecho que nuestra conversación va a ser larga.

—Tal vez —contestó Karma, acompañando al visitante hasta una butaca rectangular—. Aquí estaremos bien... Me gusta este rincón... A través de esas ventanas puedo contemplar el antiguo palacio y el templo de Mon. Como verás, son los únicos edificios que han quedado en Kolya de los viejos tiempos.

—¿Algún simbolismo?

—Quizá sea nostalgia. ¿Qué tal te ha ido?

—Bien, hasta que cambiaron las cosas.

—No esperaba tanta docilidad, Titan. Admito que me has defraudado. Habría sido mejor destruirte por rebelde.

—¿Es eso lo que esperabas?

—Confieso que sí.

—Lamento haberte defraudado. Tuve ese presentimiento. Supuse que aspirabas a una legalidad aparente.

—La legalidad de la Federación Universal de Planetas es incuestionable. Nos hemos unido todos los mundos conquistados por ti. ¿Sabes que tienes muchos enemigos?

—Lo supongo. Todos aquellos que vencí, entre los que estás tú, me han guardado rencor.

Karma no se inmutó. Rectificó:

—Yo no fui vencida por ti.

—Bueno, se puede decir que te saqué del caos y la oscuridad y te situé al frente del desarrollo astronáutico de Egor. Cumpliste con tu deber hasta que te convino. Lo demás fue confabulación, conjura. ¿De qué murió Xando?

—Muerte natural. Puedes enterarte. Pero eso no importa. Ahora soy el presidente del Senado y la Constitución se ha modificado. Hemos consolidado todos tus triunfos. Como comprenderás, tu ardor bélico no iba a durar siempre. Temimos perder, en tu ausencia, todo lo que hemos ganado con tu presencia.

»Pero la firma del pacto trajo consigo la paz. Era preciso desmantelar tu ejército.

—¿Y para eso habéis reclutado otro tan numeroso como el mío?

—Sí. Era necesario. Hasta el último instante ignorábamos cuál

sería tu reacción. Contábamos con destruirte o dejarte tan quebrantado que no pudieras rehacerte.

—¡Ya entiendo!

—Pero ha sido mejor así. Te reservamos un alto puesto en el gobierno.

—No lo quiero —replicó secamente Titan.

—¿No? ¿Qué es lo que quieres?

—Despojarte de todo esto.

—Es inútil. No lo conseguirás.

—Eso es lo que tú crees.

—Estoy convencida. Escucha, Titan. Tú eliminaste a mi padre. Admito que te asistía la razón. Te vengaste de él, conquistaste este mundo y luego casi todo el universo. Una excelente labor de guerrero. Pero tus conquistas no hubieran servido de nada sin una verdadera obra de administración y gobierno.

«Mejoraste mucho la situación de Egor, pero no lo bastante. ¿Deseas saber lo que he realizado yo? Sólo tienes que salir a la calle y preguntar. Verás que la gente es feliz, que todo el mundo vive tranquilo y confiado, que se trabaja, se estudia, se progresa, sin inquietudes. Ni siquiera existe ya el temor de que tu insaciable ambición movilice a los hombres para llevarlos a una guerra insensata.

—Empiezo a comprender cuál ha sido tu política, Karma.

—Puedes comprender lo que quieras. La verdad está ahí. Nadie desea la guerra.

—¿Y para acabarla has arriesgado tanto?

—He arriesgado lo que tenía que arriesgar. Estamos en la Era de la Paz. Se ha firmado un convenio federal y tienes que respetarlo.

—¿Y si no quiero?

— Serás ejecutado.

Titan se puso en pie. Su rostro era una expresión impenetrable al decir:

—En una ocasión te dije que jamás me vencerías. Ahora, te lo repito. Voy a volver con mi ejército…

—¡No podrás salir de aquí!

—Entonces, ordena que me maten.

Titan dio media vuelta y se dirigió hacia la salida. Pero Karma se puso en pie también y corrió tras él, para sujetarle.

—¡Espera, Titan! ¡Tienes que escucharme! ¡No hemos terminado aún!

—No tenemos más que decir. Yo no soy como tú. Prefiero morir luchando.

—¡Es que no van a darte posibilidad de luchar, Titan! ¡Estás vencido, debes aceptarlo! Lo que yo te ofrezco es la paz, la tranquilidad, el bienestar. Todo tiene su límite. Incluso tus hombres necesitan descanso.

»Por eso hemos luchado todos. Ya hemos conquistado demasiados mundos. Es preciso mantener esas conquistas. ¿Qué vamos a ganar todos con tu rebeldía? ¡Tendremos que eliminarte, porque la razón de paz puede más que tu razón de guerra! ¿Es que no lo entiendes?

Él se había vuelto a mirarla.

—No dudo de esas razones. Pero el planteamiento ha sido erróneo. Eso debió hacerlo otro, ¡y no tú!

—¿Y qué más da? ¡Alguien tenía que hacerlo! ¡Yo quería superar tu obra! ¿No es más constructiva la mía que la tuya?

—Es muy fácil dominar mundos cuando otros lo han conquistado, y no precisamente para ti.

—¿Los quieres tú? ¿Quieres ser el caudillo déspota y vengativo que gobierne en todos los mundos conquistados? ¿Es esa tu máxima aspiración?

Titan no respondió. Agarrándole por ambos brazos, Karma continuó:

—Tú no eres un tirano, Titan. Tú no quieres ser eso. Pero debes comprender que la guerra ha de terminar. Y después de la guerra ha de venir una paz sólida y duradera. Ese ha sido mi trabajo. Yo me he preocupado de que así sea.

—¡Todo lo que se ha hecho a espaldas mías lo considero una traición! —replicó Titan agriamente.

—Estás llevando el asunto a una situación extrema.

—Estoy diciendo la verdad.

—¡Tu verdad es distinta a la mía! ¡Tú crees que soy la hija de Dathis XII que desea vengarse del hombre que mató a mi padre! Y te equivocas, Titan... ¡Te equivocas lamentablemente!

—Yo maté a tu padre, porque se lo merecía. Si crees que yo merezco también la muerte, dámela.

—¡No mereces la muerte, a menos que pongas en peligro nuestra paz!

—Yo también amo la paz, Karma. Pero no a tu manera.

—¿Qué es lo que quieres? Yo puedo demostrar que he mejorado todo cuanto tú iniciaste.

—¿Era eso lo que querías, eh? ¿Por qué no has conquistado los mundos que he conquistado yo? ¿Por qué no has ido a luchar a lejanos planetas?

—¡Yo no soy un guerrero! ¡Soy mujer de paz!

—¡No habrá paz mientras haya traidores! ¡No tengo nada más que decirte! Regresaré a mi campamento y daré órdenes de atacar.

—Lo siento, Titan. No podrás llegar a tu campamento.

—Entonces, ¡tendrás que matarme!

Titan se dirigió a la puerta, la cual no se abrió. Golpeó duramente sobre ella. Luego se volvió y rugió:

—¿Qué encerrona es esta?

—Lo siento, Titan. De aquí no puedes salir. Antes de que esa puerta se abra, hemos de llegar a un acuerdo. Prometí al Senado que te convencería para que dejaras la guerra.

—¿Sí? ¿Y qué argumentos vas a emplear? Creo que hemos terminado la discusión.

—No hay discusión. Tengo algo más que decirte, Titan.

—¡No quiero oír nada más! Haz que se abra esta puerta. Si antes de veinticuatro horas no he vuelto al campamento, mis generales iniciarán la lucha. Y a vuestro general Vengu le van a dar una lección de táctica.

—Escucha, Titan Brama. Voy a dimitir de la Presidencia del Senado. Lo dije. O te convencía o presentaba la dimisión.

Titan arqueó las cejas.

—¿Qué quieres decir con eso?

—Sencillamente. He tenido fe en una idea. He pretendido realizarla. Era necesario terminar la guerra de una vez para siempre. Alguien tenía que obligarte a renunciar a tus ambiciones cósmicas. Y me impuse ese deber.

»En una ocasión me pediste que me casara contigo. Creo saber por qué me lo pediste. Pues bien, Titan Brama, escúchame. Ahora estoy dispuesta a casarme contigo a condición de que renuncies a la guerra.

Titan Brama quedó aturdido y confuso, mirando a la hermosa y serena mujer que tenía delante.

—¿Por qué lo haces? —preguntó con voz ronca.

—Por la paz.

—¿Sólo por eso?

—¿Es que puede haber algo más?

En vez de responder, Titan entornó los ojos y así permaneció unos largos segundos, sintiendo sobre él la abrasadora mirada de ella.

—Está bien... No puedo aceptar tu sacrificio, Karma.

—No es un gran sacrificio. Es una razón de estado.

Él suspiró.

—No, de ningún modo... Es imposible esa alianza Pero... Está bien. Accedo a todo lo demás. Desmovilizaré mi ejército... ¡Ah, lo que podéis las mujeres! Estaba dispuesto a destruir Egor, si fuese preciso, a

morir ante las armas de tu guardia también. Pero me has vencido sin lucha.

»Adiós, Karma. Me marcharé. Casualmente encontré un mundo primitivo y maravilloso, de frondosa flora y abundante fauna. Está habitado por un escaso número de seres semisalvajes, dos de cuyos individuos traje conmigo.

»Voy a tomar una nave, con el combustible justo para llegar hasta allí. Me llevaré a los nativos que han venido conmigo. Dejé allí un grupo de hombres y mujeres que ya habrán construido una colonia.

»Es un mundo azul, diáfano, transparente, lleno de paz de calma. Creo que es el lugar adecuado para retirarse a vivir el resto de mis días y dejar puestos los cimientos de una gran civilización futura.

* * *

Los acontecimientos se precipitaron a partir del momento en que Titan Brama, delante del Senado, accedió a desmovilizar su formidable ejército. Con él estaban sus generales más allegados. Acató la Constitución y firmó las actas de la paz universal, con lo que todos, excepto sus generales, quedaron satisfechos.

El mago Anac Komaec había desaparecido misteriosamente del campamento militar de Graxma, y nadie volvió a verle más. Sólo se llevó consigo las ropas que vestía, que no eran, precisamente, de gran precio.

Ilo Kiski pasó a consejero de Justicia y Orden, así como los otros generales ocuparon altos puestos administrativos.

Pero Titan Brama insistió en su deseo de trasladarse a un lejano mundo, llamado la Tierra, donde iniciaría una nueva vida. Y, pocas semanas después, el Senado, tras concederle el título honorífico de Alto Jefe Superior del Cosmos, puso a su disposición una de las más modernas naves espaciales, cuya tripulación eligió él entre los hombres y mujeres de su confianza para que le acompañaran a su definitivo destino.

En esta ocasión, no faltaron voluntarios.

Eda y Xim también regresarían con él. Ya hablaban bastante el lenguaje egorano.

Titan Brama quiso partir sigilosamente, sin fiestas ni ceremonias. Se iba para no volver y no quiso el testimonio de gratitud de nadie. A media noche, amparado en las sombras, salió de su alojamiento y se dirigió al cosmódromo de Kolya, donde estaba aguardando la nave, ya completamente equipada.

Los hombres y mujeres que debían acompañarle estaban ya a bordo. Sólo tuvo que ponerse de acuerdo con los jefes del

cosmódromo, subir a la nave, y, poco después, navegaba en el inmenso cielo, con su grupo de amigos, hacia una eternidad cuajada de recuerdos.

Sin embargo, cuando Titan se retiró a su cabina, ya a muchos millones de kilómetros de Egor, su sorpresa fue indescriptible al abrir la puerta y ver a Karma, sentada en una butaca, sonriente y esperándole.

—¿Eh, qué haces tú…?

—Soy un polizón a bordo, Titan.

—Pero…

Ella se levantó, saltó hacia él y le echó los brazos al cuello.

—¡Te quiero y no deseo vivir más tiempo separada de ti! —exclamó ella, radiante.

—¿Y el Senado?

—Renuncié a todo. Sólo me importa empezar una nueva vida contigo.

—¡Oh, Karma; es lo más maravilloso que podía ocurrirme!

—¡Y a mí también; por eso estoy aquí contigo!

Se besaron intensa y profundamente. Luego, él la miró a los ojos, donde brillaba la felicidad.

—Pero… yo decapité a…

—¡Olvídalo! Dathis XII no era mi padre, sino el rey que eligió a mi madre como esposa, después de haber nacido yo. Pero guárdame este secreto. La historia de Egor ha de escribirse de otro modo… Bueno, que la escriban como quieran. ¿Qué nos importa ya?

Ahora, él la abrazó con más fuerza, casi febrilmente.

Y en el pasillo, los terrestres, Eda y Xim, les miraban con una sonrisa en los labios. Ellos también eran felices. Volvían a su mundo, tenían amigos poderosos…

FIN